

Cartas inéditas del padre Juan González Arintero, OP (1860-1928) a Maximiliano Arboleya Martínez (1870-1951)

Etelvino GONZÁLEZ LÓPEZ*
Villaviciosa (Asturias)

SUMARIO: 297-342 [1-46]. Resumen: 297 [1]. Abstract: 297-298 [1-2]. Presentación: 298-299 [2-3]. 1. Reseñas biográficas: 299-307 [3-11]. 2. Intransigencias: 307-311 [11-15]. 3. Las Cartas: 311-335 [15-39]. Anexos: 336-338 [40-42]. Ilustraciones: 339-342 [43-46].

RESUMEN: Las cinco Cartas inéditas del estudioso y científico dominico padre Arintero, enviadas a otro distinguido estudioso de su tiempo, el sacerdote Arboleya Martínez, tienen el mérito de introducirnos en el contexto ideológico de finales del s. XIX en España entre dos tendencias mentales opuestas en relación al dilema *fe-ciencias*. De frente a un cerrado y estéril fundamentalismo y una religión a la defensiva, el p. Arintero aboga por una razonada y razonable apertura a las ciencias que facilite una mejor comprensión de la fe y de las Escrituras.

Palabras clave: *España, siglos XIX-XX, fe y ciencias, sistemas filosóficos, fundamentalismo, aperturismo, cuestión Social.*

ABSTRACT: The five unpublished letters of the scholar and scientist, Dominican father Arintero, sent to another distinguished scholar of his time, the priest Arboleya Martínez, have the merit of introducing in the ideological contest held in the Spain

* Licenciado en Teología y Doctor en Filosofía. Director de la revista *Cubera*. Entre sus últimas publicaciones está José D. Gafo Muñiz, OP (1881-1936). Por la concordia en España, Ed. San Esteban, Salamanca 2009, 647 pp.

ce: telvobasurto@yahoo.es

Este estudio fue presentado a Archivo Dominicano en enero de 2012 y aceptada su publicación en mayo del mismo año.

of late 19th century between two opposite mental tendencies related to the *faith-sciences* dilemma. Before a stale and sterile fundamentalism and a deconstructed faith and on the defensive the p. Arintero advocates a reasoned and reasonable opening for the sciences that promotes a better understanding of the faith and Scripture.

Key-words: *Spain, centuries XIX-XX, faith and science, philosophical systems, fundamentalism, openness, Social issue.*

PRESENTACIÓN

Para que se pueda afirmar tranquilamente, como hace el sabio Francisco José Ayala «Aceptar que las especies surgen a través del proceso natural de la evolución no requiere negar que sean criaturas de Dios en el sentido religioso del término», ha sido necesario un sostenido esfuerzo, han sido precisos estudios y debates y, desde luego, el coraje intelectual de creyentes, en cuya vanguardia podemos contemplar al joven padre Juan González Arintero.

Desde la oposición Fixismo/Transformismo o Evolucionismo, han sucedido diversas teorías: Darwinismo, Neodarwinismo, Neutralismo frente a Selecciónismo, Pautacionismo frente a Gradualismo, Neolamarckismo. Y, por otra parte, se dan reacciones que mantienen determinada vigencia en nuestros días: el Creacionismo, el Diseño inteligente. Todo ello en un complejo proceso investigador que no se puede dar aún por concluido y en el que se implican cuestiones científicas, filosóficas y teológicas.

Si siempre es interesante indagar los caminos recorridos por los hombres de gran visión, contemplar hoy las batallas libradas en pro del entendimiento de la ciencia y la fe resulta un ejercicio, por perenne actualidad, imprescindible.

Nuevos documentos nos permiten acceder a confidencias del padre Arintero en un momento muy relevante de su biografía intelectual.

La amabilidad de Domingo Benavides Gómez me da ocasión de conocer y publicar cinco manuscritos del padre Juan González Arintero, procedentes del archivo de Maximiliano Arboleya Martínez. Son cinco cartas hasta ahora desconocidas, que el deán Arboleya había guardado bajo este registro: «El P. Arintero/ y su libro/ La Evolución». Sus lugares y datas son:

1^a. Salamanca 14.1.1899

2^a. Salamanca 18.1.1899

3^a. Salamanca 20.1.1899

4^a. Salamanca 22.5.1900

5^a Salamanca 11.6.1900

Las acompañan otros dos documentos, directamente relacionados con ellas, enviados como adjuntos de la segunda carta; son:

- * Un informe de Enrique Almaraz y Santos (1847-1921), obispo de Palencia (1893-1907), sobre «La Evolución y la Filosofía Cristiana». 10.12.1898 (ms. 2 pp. y media)
- * Un informe «La evolución orgánica y la Filosofía cristiana», (ms. 4 pp. y media) sin firma, identificado por mano ajena como «informe de Dn. Roberto Flórez, Dr. en Ciencias Naturales y distinguido botánico y entomólogo». s/d.

El primero no se halla catalogado en el Fondo Juan González Arintero, OP. El segundo en cambio está catalogado (SS) 4.1.16, y con letra ajena se identifica al informante como «experto en ciencias naturales». A su nombre figuran cuatro documentos, uno de ellos calificado como «estudio crítico». Armando Bandera lo conoce, afirma que la letra ajena es del P. Sabino M. Lozano y dice que lo que se conserva es incompleto¹. El que poseía M. Arboleya está completo, a juzgar por su estructura y el rasgo de rúbrica final en su 5ª página.

Los documentos aquí reproducidos están relacionados con la temática que en aquellos momentos ocupaba la atención y actividad del padre Juan González Arintero, que era la conciliación del transformismo con la doctrina de la fe, en el propósito apologético que define y dirige toda su trayectoria intelectual. Dadas las críticas que estaba recibiendo en la prensa asturiana, responde y disuelve aquellas tergiversaciones a que se le somete, agradece al canónigo la defensa que desarrolla en la prensa, le surte datos y análisis explicativos, que serán aprovechados por este inmediatamente para una nueva exposición, en el diario *La Opinión de Asturias*. Colaboraciones que serán publicadas luego en un solo volumen; el padre Arintero responde a las valoraciones, no sin hacer interesantes aportaciones sobre algunos asuntos de formación clerical y de actitudes pastorales.

1. RESEÑAS BIOGRÁFICAS

Maximiliano Arboleya Martínez (1870-1951)

El destinatario de las Cartas es un joven sacerdote, nacido en Pola de Laviana (9.10.1870); brillante alumno del seminario de Oviedo, fue seleccionado para hacer estudios de licenciatura en teología y de doctorado

1. Armando BANDERA, OP, *Una vida de santidad*, Salamanca 1992, p. 145.

en ambos derechos, por la Universidad Gregoriana (1893-95). En Roma frecuentó maestros, en especial franceses, que despertaron su vocación social.

Profesor de teología, derecho canónico, apologética en el seminario de Oviedo, alienta una Academia de Santo Tomás, con cuya advocación pretendía eludir toda acusación de laicismo. Para la apertura del curso del seminario en 1900 preparaba su discurso, con vistas al cual pedía determinadas informaciones al padre Arintero. Su diagnóstico social tuvo acogida hostil y le valió ser calificado de más avanzado que los mismos anticlericales. Le ayudó, de momento, la protección de su tío, el obispo fray Ramón Martínez Vigil, tras cuya muerte (1904) experimentó las amarguras del boicot a doctrinas e iniciativas renovadoras. Al año siguiente fue excluido del claustro docente del Seminario.

Arboleya Martínez fue canónigo apologista de la catedral de Oviedo (1898) e hizo sus primeras apariciones en prensa, en *Ilustración Católica de España*, revista de literatura, ciencia y arte, con un conjunto de ocho colaboraciones a lo largo del año 1898 y parte del siguiente. De ellas destaca la séptima, *Un fraile transformista* –«fraile dominico, discípulo de Santo Tomás de Aquino, y español por añadidura»– en elogio de *La Evolución y la Filosofía Cristiana*, así como de la teoría y de la figura del P. Arintero, el cual por su parte declarará ser el canónigo ovetense quien mejor le ha comprendido. El artículo (ver aquí, anexo I) se reprodujo en *La Opinión de Asturias*. Fue atacado por los sectores intransigentes, más con guasas y cuchufletas que con argumentos. En este suceso está el origen de las cartas que presentamos.

Los corresponsales eran ya amigos. La sintonía personal –afinidades intelectuales aparte– venía favorecida por un nexo tan autorizado como era Martínez Vigil, el obispo de Oviedo, amigo de González Arintero, a quien se complacía en invitar a su residencia de verano, en Somió, en vacaciones durante los años de su estancia en Corias; allí solía pasarlas el dominico dedicado a sus estudios favoritos, discutiendo ambas cuestiones científico-religiosas y con otros doctos varones². Él fue el mecenas de *La evolución y la Filosofía Cristiana* y de él se confiesa Arintero discípulo en *Ciencias Naturales*. Por lo demás la línea doctrinal se situaba en la perspectiva iniciada por el cardenal Zeferino González y continuada por el padre Martínez Vigil.

A mediados de 1900 M. Arboleya publicó un conjunto de algunas de sus apariciones en prensa, con el título «*Laboremus*», que fue reseñado por el padre Arintero, en breve artículo que reproducimos como anexo III.

2. Adriano SUÁREZ, OP, *Vida del P. Mtro. Fr. Juan G. Arintero*, Cádiz: 1936, I, pp. 152-153.

Desde 1901 Arboleya será el alma del diario El Carbayón (1879-1936) que confiesa: «en religión somos católicos, en sociología enarbolamos el estandarte de la Democracia Cristiana, y en política no estamos afiliados a ningún partido» (EC, 1.7.1901).

A lo largo de su vida M. Arboleya desarrollará una decidida vocación de propagandista de la doctrina social católica y de la solución de los problemas sociales, en sintonía con los dominicos Pedro Gerard López y José D. Gafo Muñiz, discípulos ambos del padre Arintero. Su actuación ha sido estudiada por Domingo Benavides Gómez en obra ya consagrada con valor referencial: *El fracaso social del catolicismo español*, Barcelona: Nova Terra, 1973. Del mismo autor es la biografía Maximiliano Arboleya (1870-1951), Un luchador social entre las dos Españas, Madrid: BAC 2003.

Fray Ramón Martínez Vigil (1840-1904)

En cuanto al obispo Martínez Vigil, que opera como amparador y alentador, su semblanza es la de un estudioso, abierto a las ciencias naturales, a las corrientes filosóficas, a la problemática del momento, no ya como Pastor sino llevado por su vocación de dominico. Catedrático de filosofía (1865-1870), de teología (1871-1876), en la universidad de Manila, fue decisiva su intervención al elaborar el reglamento y programas de aquella Universidad, el Plan de estudios de segunda enseñanza y, desde luego formó el Museo universitario de Historia Natural, con valiosas muestras de Zoología, Botánica y Mineralogía; en los planes de estudios para el seminario ovetense (1884 y 1899) potenciaba el estudio de las ciencias naturales. De su ingente producción literaria destacan Curso de Historia Natural, Fisiología e Higiene (1883) y, sobre todo, La Creación, la Redención y la Iglesia ante la Ciencia, la Crítica y el Racionalismo (2 vols. 1892)³.

La ruta marcada por el cardenal Zeferino González era: «Cuando se presenta a nuestro espíritu una contradicción, más o menos aparente, entre la ciencia y la Biblia podemos estar seguros de que la contradicción desaparecerá con el progreso simultáneo de la ciencia y de la exégesis». El mismo criterio defiende el obispo de Oviedo e igual regla sigue el padre Arintero.

3. JOSÉ BARRADO BARQUILLA, OP, *Fray Ramón Martínez Vigil, OP, (1840-1904) Obispo de Oviedo*, Salamanca, San Esteban, 1996, 432 pp. Cf. VVAA, *Centenario del obispo Martínez Vigil, OP (1904-2004)*, Oviedo: RIDEA 2005.

En nada contradice su posición intelectual a la doctrina mantenida en cuanto a libertad de cátedra y el poder soberano y divino de separar de las escuelas a profesores, libros y métodos que estime perjudiciales a los alumnos. La evolución, un moderado transformismo, acorde por supuesto con la doctrina católica, no caería bajo aquel control dado que no sería propaganda del ateísmo, del paganismo, del racionalismo ni de doctrina anticristiana, que eran los males vitandos⁴. Por lo demás la doctrina del concilio Vaticano I distinguía órdenes del saber distintos, sin oponerse a las metodologías peculiares, reconociendo la justa libertad de las ciencias⁵.

El fomento de la ciencia tiene expresión en los discursos inaugurales de curso en el seminario ovetense. Un caso es el de Julián Bayón Castañón: «Evolucionismo y el primer capítulo del Génesis» (1897-98). La innovación de los planes de estudio en su pontificado con amplia cabida de las ciencias está ampliamente acreditada⁶.

Fray Juan González Arintero (1860-1928)

Había sido profesor de ciencias en el colegio de Vergara y luego en el de Corias; más tarde fue destinado a Salamanca como profesor de Apologética, es decir *De vera religione* y *De locis theologicis*.

Después de algunas series de artículos, había publicado en 1891 su primer libro *El Diluvio universal de la Biblia y de la Tradición*. Demostrado por la geología y la prehistoria, un volumen de 640 páginas. Fue valorado por el cardenal Zeferino González («lo he leído con gusto y le felicito, porque ha logrado producir una obra que está conforme con los adelantos de la ciencia. Defiende Vd. en ella con valor y denuedo la doctrina católica, raciocina Vd. bien y presenta observaciones atinadas y argumentos claros y fuertes para rebatir el error»); por el también dominico Norberto del Prado («hoy nos ofrece el copioso fruto de sus desvelos en una obra magistral que honra por igual a su autor...Es el libro del ilustrado religioso un monumento que la Ciencia eleva en honor de la

4. «La libertad de enseñanza», en *Pastorales del Rmo. P. Martínez Vigil, Madrid, 1898*, p. 520. Cf. Julio A. VAQUERO IGLESIAS, «Escuela e Iglesia en la etapa de la Restauración: el pensamiento del obispo fray Ramón Martínez Vigil sobre la libertad de enseñanza», *Aula Abierta*, 41-42, Oviedo 1984.

5. Concilio Vaticano I, Constitución *De fide*, III, cap. IV, 3-4.

6. Cf. Domingo BENAVIDES, *El fracaso social del catolicismo español. Arboleya Martínez 1870-1951*, Barcelona: Nova Terra 1973. Edmundo GONZÁLEZ BLANCO, «La cultura del clero asturiano», *Norte* 6 (1930) 3. Agustín HEVIA BALLINA, «El Seminario conciliar de Nuestra Señora de la Asunción de Oviedo: cien años de discursos» en *Studium ovetense*, XV, Oviedo: Seminario Metropolitano, 1987, 49-89.

Fe Católica»); por el conocido Ortí y Lara («está llamada a tener gran resonancia en el mundo sabio... lleva el sello de la originalidad... La lingüística, la etnografía, la antropología, la zoología, la paleontología, la exegética, son ciencias que el erudito autor utiliza y trae a cuestión con oportunidad»)⁷.

El canónigo Penitenciario de la Santa Primada de Toledo Ramiro Fernández Valbuena (1848-1922) publicaba en 1895 un primer volumen de su gran obra «Egipto y Asiria resucitados». Sus tesis antievolucionistas movieron una respuesta del padre Arintero, en nueve entregas de la revista agustina *La Ciudad de Dios* (año 1896), vindicando al cardenal Zefirino González, al obispo Martínez Vigil y otros escritores católicos.

Fernández Valbuena respondió en el diario carlista *El Correo Español*, que desde 1890 dirigía Juan Vázquez de Mella, con diez «Cartas al Padre Arintero», editadas luego en una publicación unitaria⁸ con este contenido: Razón de estas cartas (I), El estilo (II), Estado de la cuestión (III), El criterio (IV), Aplicación del criterio (V), Excepciones (VI), La justicia de Dios (VII), La población de la tierra al tiempo del diluvio (VIII) La teoría del Padre Arintero (IX, X, XI), El milagro (XII, XIII, XIV), La ciencia (XV), El número de especies animales (XVI), Cómo cupieron los animales en el arca (XVII, XVIII), El agua necesaria (XIX), El texto sagrado (XX), Resumen y conclusión (XXI). A este conjunto hace expresas referencias el padre Arintero en su carta segunda.

En el otoño de 1898 publica el padre Arintero *La evolución y la Filosofía Cristiana*, impresa en Gijón, 559 páginas. Obra científica y teológico-exegética, hubo de sortear evasivas de diversos censores propuestos hasta obtener el dictamen favorable de los doctos dominicos Justo Cuervo y Matías García. En visita que cursó al obispo de Palencia, Enrique Almaraz y Santos, le entregó un ejemplar de *La evolución y la mutabilidad de las especies orgánicas*⁹. A este gesto corresponde la nota episcopal que reproducimos como anexo II.

El día 28 de octubre de 1898 El Carbayón (la péñola sin duda era de Arboleya) no se recata en desgranar un rosario de juicios laudatorios. En los números de los días 4, 5, y 7 de enero de 1899 el diario intransigente *La Cruz de la Victoria*, se ocupa del reseñador, de la obra y del autor. Ya contaba éste que sería víctima de acusaciones como la de hereje, por parte de algunas publicaciones «que se creen más tradicionalistas,

7. Adriano SUÁREZ, *o.c.*, pp. 131-136.

8. Ramiro FERNÁNDEZ VALBUENA, *¿Cubrió el Diluvio toda la tierra? Cartas al P. Arintero*, Toledo, Imp. Menor Hermanos, 1897, 394 páginas. Convenientemente limadas de las asperezas mostradas en los artículos de prensa.

9. Adriano SUÁREZ, *o.c.*, p. 181. Ese es el título del libro I de *La evolución*.

más ortodoxas y más infalibles que el Papa; y cuya novísima moral cristiana consiste en lanzar a diestro y siniestro anatemas, sin necesidad de enterarse de las personas y circunstancias, ni aun de las mismas doctrinas que tan odiosamente estigmatizan».

Entonces redacta una minuciosa respuesta, que confidencialmente envía a Maximiliano Arboleya, quien toma buena nota y publica una defensa en *La Opinión de Asturias*, con una alta valoración sobre González Arintero; «Los naturalistas católicos. A propósito de un libro reciente», será reproducido como capítulo V de su primera obra «*Laboremus*» (1900). A este encomio responde el padre Arintero con la carta de 14.1.1899 (1ª de esta entrega). Y le adjunta la amplia réplica de 18.1.1899 (16 fols, 2ª de esta entrega).

Quedaba por publicar gran parte de aquella obra: otras 1927 cuartillas, en su mayoría manuscritas por una cara, de las que 512 corresponden a *La evolución y la ortodoxia* (II), 291 a *Filosofía de la evolución* (III), 191 a *La evolución y la paleontología* (IV), 354 a *La evolución y la vida* (V), 142 a *La evolución y las facultades sensitivas* (VI), 292 a *La evolución y los tipos irreductibles* (VII) y 145 a *La evolución y el origen del hombre* (VIII).

Del documentado estudio de que daba cuenta es harto expresivo el siguiente dato. En la introducción del libro I cita 150 monografías. Para situar correctamente las posiciones del padre Arintero en cuanto a la evolución y sus diferencias con el transformismo radical, hemos de tomar nota de su pensamiento por él definido un tiempo más adelante, con explícita referencia a esta obra:

- «Evoluciona propiamente lo que, conservando el mismo fondo, y siempre la misma naturaleza esencial, va desarrollando y manifestando por grados todo lo que implícita o virtualmente contenía adquiriendo todas las perfecciones y modificaciones que le convienen, ostentado su virtualidad de muchas maneras, pero sin dejar de ser siempre una misma cosa.
- Se transforma lo que cambia de naturaleza, dejando por tanto de ser lo que era y pasando a ser otra cosa distinta.
- El organismo, mientras vive, evoluciona, permaneciendo idéntico substancialmente, a pesar de todos los cambios o fases; y sólo se transforma al morir y dejar de ser lo que era.
- Las llamadas «especies orgánicas» evolucionan también o pueden evolucionar, como los individuos, dentro de la misma naturaleza esencial, o sea de la misma «especie ontológica»; y por tanto, sin dejar de ser lo que eran; porque esto sería destruirse y no perfeccionarse ni desarrollarse.
- La diversidad esencial, la irreductibilidad o diferencia en la naturaleza íntima marca los límites infranqueables a la evolución. El cambio

de naturaleza, o sea la transformación de una cosa en otra irreductible, implica la sustitución de una por otra, y no la continuación de la misma (...). Cuantas sean las modificaciones o formas exteriores, compatibles con la misma naturaleza, otras tantas podrán en absoluto ser las fases de su evolución. Aquí está la clave del problema: en este fiel concepto científico.

- El transformismo avanzado no respeta esas barreras absolutamente infranqueables de la diversidad de naturaleza; piensa que una misma cosa puede evolucionar de tal modo que pase a ser esencialmente distinta, y por tanto, otra de la que era»¹⁰.

No parece que el padre Arintero conociera en aquellos momentos la obra de George Fonsegrive, *L'attitude du catholique devant la science* publicada en 1898, que luego leerá con atención, acreditada por numerosas señales al margen. El mismo Arboleya, que cita profusamente obras de este escritor católico, la desconoce; incluso en el discurso de 1900 solo cita del «incansable y fecundo publicista, filósofo y apologista de primera talla» aquellas obras más literarias que publicaba con el pseudónimo Yves Le Querdec. Sin embargo el padre Arintero mantiene su misma factura metodológica, derivada y actualizada, procedente de la fuente tomista. Esto es particularmente obvio en la valoración de la verdad científica, de la convicción de compatibilidad radical con la fe, a pesar de que en determinados momentos del desarrollo del pensamiento no sea para nosotros evidente.

De las doctrinas o tesis sostenidas debemos despejar determinados extremos y posiciones que la evolución de las ciencias naturales, de las exégeticas o de la reflexión teológica han dejado superadas u obsoletas. Un cierto literatismo en la interpretación bíblica, un concordismo tan bienintencionado como de escaso encaje actual, serían los ejemplos. Cosas que Génesis no pretendía dar, como la descripción del origen del mundo, una argumentación evolucionista o fixista, o la in/compatibilidad entre la fe en la creación y la visión científica del universo¹¹.

10. Juan G. ARINTERO, OP, *Desenvolvimiento y Vitalidad de la Iglesia*, Madrid: FUE, 1974, pp. 135-136. [= DyV].

11. Paul VALADIER, SJ, *La Iglesia en proceso*, Santander: Sal Terrae 1990, p. 103. Cf. Alberto COLUNGA, OP, «La obra de los seis días», en *Ciencia Tomista* (=CT) 19 (1919) 21-23 y 273-282; ID., «Los sentidos de la Escritura y las leyes de la Hermenéutica» CT 2 (1911), 226-240; ID., «El autor de la Biblia y la ciencia», CT 43 (1931) 145-168.- Matías GARCÍA, OP, «Cristianismo y evolucionismo» CT 24 (1921) 358-368; «Evolución y transformación según la ciencia» CT 16 (1917) 65-70, 361-371; 17 (1918) 158-166, 282-289; 18 (1918) 291-397; 19 (1919) 283-290; 20 (1919) 172-178; 21 (1920) 318-324; 22 (1920) 306-312. «Poligenismo y exégesis bíblica», CT 78 (1945) 459-481.

Pero de su ejecutoria y esfuerzo quedan imbatibles numerosos valores, que tienen carácter de ejemplares, de los cuales son testimonio los documentos que hoy publicamos. Ante todo, una radical honradez intelectual, que se extiende en diversas actitudes: búsqueda insobornable de la verdad, respeto a los hallazgos rigurosos sin importar la procedencia. Ausencia de miedo y libertad de pensamiento basadas en la convicción de la alianza de fe y razón. En ese discurso, neta distinción entre el dogma y las opiniones teológicas. Fe en el método científico. Y como objetivo, la defensa de la fe. Por eso suscribimos la conclusión de R. Alba Sánchez:

Subrayamos el notable esfuerzo de este insigne dominico en la búsqueda valiente, consecuencia de no tenerle miedo a la verdad, de soluciones que dieran respuesta a las múltiples incógnitas que los intelectuales de su tiempo y él mismo se plantearon. Esta búsqueda, tantas veces ingrata, fue ejemplar en nuestro autor. Gracias a su trabajo como al de otros muchos, también gracias a sus desaciertos, los que hemos venido después podemos estar más cerca de la verdad y más cerca estarán los que nos sucedan si nosotros no cejamos en esta tarea de búsqueda, constituyendo eslabones de la cadena que nos acerque a la Verdad¹².

Y puesto que de intento apologético se trata, comprobaremos el recto proceder metodológico en parangón con lo que el propio padre Arintero consideraba que su trabajo tenía de razonable:

«Nuestra apologética es grandemente *racionalista*; supone, con la ciencia más racional: que nuestra razón es capaz de alcanzar la verdad y poseerla con certeza y de remontarse lógicamente de los efectos a sus causas, hasta hallar una razón suficiente en la Causa absoluta; que podemos conocer ciertamente la realidad objetiva del mundo exterior y ver que este es razonable, o sea conforme con las leyes de la Razón eterna; que no se debe aceptar sino lo aceptable según razón, o sea, lo razonable, ni excluir sino lo irrazonable; que estamos obligados a aceptar con toda firmeza lo cierto; y que tenemos libertad de examinar mejor lo que aún es cierto o dudoso»¹³.

Una metodología que se inscribe en una neta apertura a la verdad, a la ciencia, a la razón: hay que amar sinceramente la ciencia y el progreso,

12. Ricardo ALBA SÁNCHEZ, «La evolución de las especies según Juan González Arintero». Cuadernos de Filosofía, XVI/3 (2006) 207-301. Cf. Jesús M^o RODRÍGUEZ ARIAS, OP, «Evolución racional y realismo» en *Estudios Filosóficos*, 16 (1967) 129-170.

13. Juan G. ARINTERO, *Desenvolvimiento y Vitalidad*, cap. VI, iii; pp. 433-434, remite a la obra de G. FONSEGRIVE, *L'attitude du catholique devant la science*, Paris, Bloud et Cie, 1898.

hemos de ser entusiastas como cualquiera de las nuevas conquistas científicas, morales, sociales y racionales del pensamiento moderno, afirma¹⁴.

2. INTRANSIGENCIAS

Integrismo salmantino

La libertad de cátedra –y la de enseñanza y doctrina en general– era uno de los demonios más perseguidos por la intransigencia integrista. En el año 1897 tiene amplio espacio el conflicto del catedrático salmantino Pedro Dorado Montero (1861-1919) con el obispo Tomás de Cámara, a raíz de una denuncia de once estudiantes contra determinadas enseñanzas –positivistas y materialistas, su concepción organicista del hombre, su darwinismo– en su cátedra de Derecho penal. Cierre de aula y apartamiento temporal del profesor, acompañado de instrumentación en la prensa integrista, dan fe de las fuertes tensiones que se vivían¹⁵.

Justamente por entonces trabaja el padre Arintero en Corias en la apasionante tarea que aquí se discute. No le era desconocido el tesón, la tenacidad, la intransigencia de los sectores integristas, cuya meca era Salamanca. Las tensas relaciones del director de prensa Manuel Sánchez Asensio con el obispo padre Tomás de Cámara: con suspensiones y condenas de sus diarios por rigorismo, sofismas, exageraciones doctrinales, confusión de política y religión, diatribas, ataques personales.

Cierto que el obispo Cámara y Castro les hace prudente contrapeso. Pero él mismo tiene que soportar descalificaciones políticas ('mestizo') de quienes se movían con más autoridad y más aplomo que la propia jerarquía eclesiástica a la hora de sentenciar sobre ortodoxia o heterodoxia. El obispo agustino creó el semanario *La Semana Católica de Salamanca*, cuya dirección encomendó al magistral Nicolás Pereira. Intelectual de buena pluma, poseído por una obsesión: el judaísmo, culpable de todos los males patrios, aliado satánico de masones y demás gentes de mal vivir, cuyo causante, sin duda, era el liberalismo.

14. Juan G. ARINTERO, *o.c.*, pp. 426-435.

15. I. Berdugo G. DE LA TORRE y B. HERNÁNDEZ MONTES, *Enfrentamiento del P. Cámara con Dorado Montero*, Salamanca: Diputación Provincial, 1984. M. DE VEGA, «Católicos contra liberales: notas sobre el ambiente ideológico salmantino en la Restauración», en *Studia Historica* IV/4 (1986) 33-69. Jesús M^o GARCÍA GARCÍA, *Prensa y vida cotidiana en Salamanca (siglo XIX)* Salamanca, Universidad, 1990. M. DE VEGA, «El Padre Cámara y la Iglesia Española de finales del siglo XIX y comienzos del XX», en *Revista de Estudios* 33-34 (1994) pp.109-122.

La pugnacidad de los tradicionalistas no pasaba desapercibida en los ámbitos universitarios. Ni en los conventuales; pocos años más tarde, veremos a un ponente de la Sociedad Santo Tomás y discípulo de Arintero, fray José Gafo, rebatir determinadas opiniones del profesor Gil y Robles. Fray Juan Arintero conoce en directo el ambiente y las tensiones creadas por los intransigentes. Y sabe a qué se expone al tomar un camino intelectual que, guiado por el método científico, toma en cuenta los hallazgos de las ciencias experimentales e intenta una conciliación objetiva y no complaciente de la doctrina católica con ella. Es muy consciente de las posiciones fixistas, como acredita en la introducción al libro I de su obra.

La libertad de cátedra, en entredicho

Tampoco podía olvidar el padre Juan aquel conflicto suscitado en 1884-85 a raíz del discurso del catedrático institucionista Miguel Morayta, porque entre otras cosas mencionaba conceptos acerca del origen del hombre así como a la libertad de cátedra, en cuya virtud a un profesor «nada ni nadie le impone la doctrina que ha de profesar ni la ciencia que ha de crear ni el sistema que ha de enseñar». Ciertamente que el ministro Pidal y Mon intervino matizando en especial los límites legales de aquella libertad. Pero se había desencadenado una tormenta en la que tanto liberales como integristas rivalizaron en ataques al ministro. Unos, por enemigo ultramontano de la libertad científica; otros, por mantener infestada la universidad de microbios heréticos.

El obispo de Ávila, Sancha Hervás, condenó públicamente el detestable discurso de Morayta por contrario a la fe católica y a la sana doctrina, en el que veían desparramadas herejías e impiedades. El mundo universitario español y europeo se vuelca y pronuncia por la libertad de enseñanza y contra la intolerancia clerical. La prensa integrista arrecia en una campaña al amparo de una decena de Pastorales tanto más cargadas de duros epítetos cuanto vacías de razones. Revueltas en la calle y en las aulas, conflictos diplomáticos, acusaciones al gobierno por indefensión de los obispos («¡Cristianos a los leones!»), alabanzas episcopales a los integristas.

Eran los años en que el joven Arintero estudiaba en la universidad salmantina. Hubo sin duda un impacto sobre aquel estudiante, que rechazaba inicialmente el evolucionismo. Persuadido de que los ataques a la fe provienen del campo de las ciencias, que encuentran ayunos a los teólogos, emprende su propio camino, a la búsqueda de la conciliación de las verdades científicas con las enseñanzas de la fe católica. Con éstas,

y no necesariamente con opiniones que se hacían pasar por dogmáticas sin serlo. La labor de selección tenía mucho que ver en esta empresa. Es ni más ni menos que «el procedimiento de separar y fomentar lo bueno y desechar o suprimir lo malo» (*Desenvolvimiento y Vitalidad*, IV, c. II, p. 55).

Reacción asturiana

Favorable al evolucionismo de las especies orgánicas, se enfrasca en una larga y concienzuda elaboración, cuyo resultado es *La Evolución y la Filosofía Cristiana*, editada inicialmente en Gijón, 1898. Obra de grandes dimensiones, sólo editaría la introducción y la primera parte, relegado el resto por concausas diversas¹⁶.

Su transformismo, a pesar de ser moderado, mereció los embates del conservadurismo en la prensa asturiana. Larga y apretada actuación pública del tradicionalismo sustentado por el clero constituía el humus de aquellas reacciones. A nada dieron mérito. Una evolución relativa. Una evolución teísta y teleológica. Una evolución que toma en consideración el carácter excepcional del origen del hombre. Nada de ello mereció el mínimo esfuerzo de comprensión. No en vano durante los años de formación de aquel clero habían desempeñado el oficio profesores adictos al más cerrado integrismo doctrinal, por lo que el horror a lo nuevo vedaba a los alumnos el contacto con lo que decían o escribían sus contemporáneos; se repetía en las aulas que el racionalismo era absurdo, el socialismo una utopía, el liberalismo, pestilente, verdadero padre de todos los delirios contemporáneos (todos derivaban ex putrido fonte liberalismi); la fobia más insensata hacía objeto de sus rechazos a la universidad donde enseñaban krausistas, positivistas, librepensadores, afiliados a la Institución Libre de Enseñanza. Si bien Martínez Vigil fomentó el estudio de todas las disciplinas, dando cabida al de las ciencias físicas y naturales, el clero actuante a la altura de los finales de siglo, el que por entonces se expresaba en la prensa, procedía de los anteriores amenes.

En aquel circuito se mueve una publicación tan pugnaz como *La Cruz de la Victoria*. Financiada en 1886 por el acaudalado Dionisio Menéndez de Luarca (1826-1904), declaraba programáticamente: «dedicará toda su vida a la impugnación de ese terrible enemigo, llamado «liberalismo»» (*La Cruz*, n. 1, de 1.3.1886), uno de cuyos componentes esenciales

16. Cf. Adriano SUÁREZ, *Vida del P. Mtro. Fr. Juan G. Arintero*, Cádiz, 1936, pp. 152-153. Arturo ALONSO LOBO, *El P. Arintero*, Salamanca, San Esteban, 1970, p. 51. Armando BANDERA, *P. Juan G. Arintero, Una vida de santidad*, Salamanca, 1992, p. 126.

era, no se olvide, la libertad de pensamiento, de investigación y de enseñanza. Menéndez de Luarda fue autor de «Cartas de un español rancio a un personaje del gran mundo»¹⁷ y en 1897 «Cartas a un mestizo». Encomendó la dirección del diario al canónigo profesor del seminario Ángel Rodríguez Alonso (1839-1913). Angelón –que según M. Arboleya estaba encargado de los ‘asuntos inquisitoriales’–, era conocido por una virulenta y feroz campaña contra Clarín, a la que este respondió con indiferencia y desprecio¹⁸; ya en 1893 fue condenado a dos meses de cárcel y una multa y recibió amonestaciones del obispo Martínez Vigil; fue autor de «Unión política de los católicos españoles» (1899). Un dato significativo es la publicidad que inserta en el diario para una suscripción pro monumento al célebre intransigente obispo de Daulia¹⁹ en el año 1886.

De las negaciones en cuanto a la ciencia y a sus aplicaciones apolo-géticas va a recibir embates el padre Arinterro. El desencadenante fue un artículo de M. Arboleya en *Ilustración Católica de España*. Pronto *La Cruz de la Victoria*²⁰, en enero de 1899, dedica tres veces la columna *Incidencias* a impugnaciones trivializadoras y formula graves descalificaciones de la conciliación con la doctrina transformista, a pesar de la posición netamente ortodoxa del dominico. En la sección anónima *Incidencias* se le atribuían tesis que no sostenía e incluso algunas que desechaba, se caricaturizaban sus opiniones y, consecuentemente, le calificaban de hereje, que alimentaba al demonio y abría la puerta a los ladrones. La ligereza y las pesadísimas bromas invadían aquellos alegatos de la prensa reaccionaria contra las ciencias y sus cultivadores.

«Nos cuesta trabajo tomar en serio –escribían– que un fraile dominico, discípulo entusiasta de Sto. Tomás de Aquino, y español por añadidura, se meta a transformista. Porque el transformismo es algo así... ¡vamos! será que nosotros no lo entendemos. El transformismo nos repugna» (*La Cruz*, 4.1.1899). Y «Hoy todos los naturalistas son genuinamente transformistas, pero no van sus conclusiones tan allá como las de Odón de Buen (...). Los sabios del día no tienen sentido común. ¡Bromita

17. Bajo el pseudónimo J. de la E. En 1878 las cartas son dos («*La Cruz*» y «*El Casino*»); en 1880 publica tres sobre «*Educación*»; en 1888 recoge las cinco en un solo volumen impreso en Oviedo, Imp. católica de Carlos Uría Valdés, 1888.

18. Yvan LISSORGUES, *El pensamiento filosófico y religioso de Leopoldo Alas, Clarín*, Oviedo, GEA, 1996, p. 82. La rivalidad con Arboleya se prolongó largo tiempo. De las relaciones del clero con los medios, cf. M. ARBOLEYA, *El clero y la prensa*, Salamanca, 1908.

19. Era José M^a Benito Serra y Juliá (1810-1888), cuyo carácter poseía como nota dominante la intransigencia, era colaborador de *El Siglo Futuro*. Su trasunto es el obispo de Nauplia, que Clarín retrata en *La Regenta*. Cf. Simone SAILLARD, «Un figurón político en *La Regenta*: el misterioso obispo de Nauplia», *Université Lumière-Lyon 2, AIH, Actas X* (1989) 1459-1473.

20. Vive entre 1886 y 1900. Entre 1889 y 1893 se llamó *La victoria de la Cruz*.

pesada parece presentar al P. Arintero simpatizando con una escuela que el vulgo de los sabios cree incompatible en absoluto con la doctrina de la Iglesia!» (La Cruz, *ibid.*). A lo que comenta el acusado: «Pero muchas cosas cree el vulgo sabio contra la creencia común de los sabios no vulgares; y una de ellas es la referida incompatibilidad; pues hoy los verdaderos sabios o se adhieren francamente al transformismo, o simpatizan con él, o al menos lo reconocen en el fondo limpio de ciertas exageraciones, por plenamente ortodoxo».

«Con estos datos a la vista, cualquiera creerá que ese fraile, sirviéndose de las luces de la Filosofía cristiana, va a señalar a los transformistas el punto hasta donde pueden llegar y no podrán pasar» (La Cruz, 7.1.1899).

- Pues eso es precisamente lo que he tratado de hacer. Por eso lamento que La Cruz con ligereza increíble, me atribuya otro propósito, cuando sólo puede suponer lícitamente lo que por otra parte le consta por una autoridad tan respetable (el sr. Arboleya).

Obviamente, las negaciones no procedían ni de una ciencia demostrada ni de una teología o filosofía sana, sino de una radical ignorancia científica y, a la vez, de posiciones falsamente religiosas o teológicas. La contradicción radicaba en un criterio de base: que no hay por qué temer la ciencia legítima, sino mucho por lo que bendecirla y fomentarla. Lo temible es la falsa ciencia, y aun la ciencia incompleta, que es la que el enemigo convierte en arma. Para obviar este daño, el medio eficaz es desarrollar la ciencia incompleta, merecer el prestigio de sabio, para ‘oponer a la impostura científica la verdad científica’²¹.

LAS CARTAS

1ª. En otoño de 1898 publica el padre Arintero *La evolución y la Filosofía Cristiana*. En diciembre del mismo año en la revista *Soluciones Católicas* iniciaba la publicación de *La evolución ante la fe y la ciencia*. La crisis científico-religiosa sería el tema de su discurso inaugural del nuevo Centro de estudios superiores de Valladolid. Simultáneamente *Revista Ibero-Americana de Ciencias Eclesiásticas* daba en siete entregas *La Creación y la Evolución*. Publica luego: *El hexámeron y la ciencia moderna*. La evolución en sus relaciones con la interpretación bíblica es la

21. Era un enunciado de Duilhé, *Dictionnaire*, p. 21, citado por Adriano SUÁREZ, *o.c.*, p. 155.

querencia de aquellos años del padre Arintero, a quien sostiene un nítido afán apologetico.

Arboleya, con igual afán, reseña laudatoriamente la evolución y la Filosofía Cristiana desde las páginas del diario La Opinión de Asturias. El integrista La Cruz de la Victoria le ataca. De ambas publicaciones envía sendos números al dominico. Este le agradece el envío y anuncia una larga carta de réplica junto con informes favorables y le da algunas informaciones sobre distribución de la obra.

Salamanca 14.1.1899.

Mi queridísimo amigo: Recibí su atenta y los números de La Opinión y de La Cruz. Le doy las más expresivas gracias por el interés que se toma por el éxito de mi pobre trabajo, y por su brillante artículo; es indudablemente el mejor de los varios que han dado cuenta de la obra, y el que da de ella más exacta idea; si bien los piropos me asustaron...pues ni me cuadran ni tienen que ver con su pobre Xuan²².

Quería contestarle enseguida, y las muchas ocupaciones me lo han impedido. Ahora me alegro de haber tardado, pues así tengo presentes los buenos latigazos de La Cruz (ns. del 5 al 7). –Al ver el 1º creí si sería de V. mismo, con el fin de meter más ruido; si así es le felicito, pues lo ha hecho admirablemente, imitando las rechiflas contra Clarín. Claro está que de todos modos, aunque sean de la Redacción escritos con otro espíritu, se verán provechosos. Me alegraría de saber si son de V. o de ella; pues al ver los últimos, casi me inclino a a creerlos de los chicos de La Cruz.

Por sí o por no, voy a remitirle una carta dirigida a un amigo X, que podía ser el P. Ciarán²³ o Don Pepito, o cualquier otro, en la que respondo privadamente a los cargos que La Cruz nos hace. –Como suelen ser tan largas la diligencias para la censura de la Orden, no la doy a censurar; otros no suelen tener reparos en publicar cosas así ligeras, sin aquella formalidad; pero yo tengo en ello ciertos escrúpulos, y por eso no quiero intentar que se publique, ni escribo sueltos, anunciando la obra, por más que los compañeros me suelen aconsejar lo contrario.

Se la remito, pues, como carta privada, por si le sirve de algo, y si V. cree oportuno cometer un abuso de confianza lanzándola al público no sentiría mucho, si bien lo mejor sería modificarla quitándole lo inconveniente, etc. o poniéndola en 3ª persona. Va en la suposición de que dichas

22. Forma asturiana, con la que sin duda le llamaba familiarmente el canónigo Arboleya.

23. Ángel Ciarán Aramburu, OP (1869-1941). Predicador General, fue conventual y prior del convento dominico de Oviedo, en cuya restauración tuvo intervención notable.

Incidencias no sean de V. pues aun cuando lo sean, con suavizar ciertas frases, creo podría hacer lo mismo. –Quería enviársela con esta, pero aún no he podido escribirla; y como soy tan pesado y por mi incorregible difusión me ha de resultar larga, ya se la remitiré dentro de dos o tres días.

Supongo habrá recibido ya los ejemplares del libro 1º, pues tanto a esta como a Madrid ya llegaron bastantes²⁴. Encargué al impresor los remitiese a esa cuanto antes, siquiera dos docenas; pero como les encargué que pusieran nuevas cubiertas, pues los de aquí venían con el lomo postizo, no sé si habrán acabado, con la calma que tienen. Ya encargué a los PP de la residencia²⁵ (a quien supongo irán dirigidos) le entreguen los que V. desee y como dichos PP. temo no se tomen mucho cuidado para enviarla y expendirla, si a V. no le estorbaban quizá sea mejor que los coja todos y los tenga en su poder. El P. Ciarán no sé qué me dice de que los libros no los admiten con comisión del 10 %, pero tanto aquí como en las principales librerías de Madrid, los han admitido, como //2// la cosa más corriente; y sólo suele darse algo mayor comisión cuando venden una cantidad considerable. Vea, pues, si aparte de la librería de Palacio, puede colocarlos en alguna otra²⁶.

Si no ha llegado aún el ejemplar destinado al Sr. Obispo (que ya hace dos meses que me dijeron lo iban a encuadernar) conviene que V. mismo lo pida cuando tenga ocasión.

*En cuanto a nuevos errores sobre N. Sr. J.C., apenas tengo noticia de ninguno moderno que valga la pena; después de Baur y Strauss la escuela de Tubinga²⁷ está como muerta; en Alemania no ha surgido ningún otro diablo encarnado, al menos de tanta talla; en Francia está bastante en boga Jacolliot²⁸, quien ha publicado varias obras para probar que la Biblia es copia de los libros de la India. Entre ellos es famosa la *Vie de Jezeus Christna*, donde se esfuerza por fingir que la India tuvo un héroe de dicho nombre que realizó casi las mismas hazañas que J.C. –No tiene maldita la ciencia*

24. Es el primer volumen de *La evolución y la filosofía cristiana*, impreso en Gijón, La Industria, otoño de 1898.

25. La residencia inicial de los dominicos, en la calle San José 3, Oviedo, BOEO XXXII, 22 (15.1.1895).

26. En el palacio episcopal estaba abierta un Librería Religiosa, donde ya se habían vendido las obras de Zeferino González, del obispo Cámara (*La Ciencia y la Revelación*), de A. Canellas (*Demostración de la armonía entre la Religión y la Ciencia*), «títulos y tendencias que enseña encontramos reflejados en los discursos [inaugurales] de nuestro Seminario», A. HEVIA BALLINA, *o.c.*, p. 60 y *passim*.

27. Nueva Escuela de Tubinga, caracterizada por la exegesis criticista de su líder Ferdinand Christian Baur (1792-1860) y de David Friedrich Strauss (1808-1874).

28. Louis JACOLLIOT (1837-1890) estudió y difundió numerosos mitos, aunque no mereció crédito o fiabilidad entre los especialistas, particularmente del lingüista Julien Vinson. La obra a que se refiere es *La Bible dans l'Inde ou la Vie de Jezeus Christna* (1869); más adelante publicó *Christna et le Christ*, Paris, Flammarion, 1874, entre una producción abundante.

pero sí mucho arte y descaro para fingir y mentir, con lo cual ha embaucado a muchos, pero menos que Renán, y sigue aún recibiendo aplausos de revistas pseudocientíficas. Pero todo el mérito está en la frescura y mala fe del autor, pues según los inteligentes, el sánscrito no pone la z ni el eu, ni menos el Chr que figura en dicho nombre.

He visto una refutación de estos desatinos, no sé si en la R[evue] des Quest[i]ons scientifi[ques]²⁹ o en la *Études Religieuses*³⁰, o en la *Science catholi[que]*³¹, pero hallará una buena en el *Diccionario Apolog. de Jaughey t. I, sobre Cristo y Christna*³². Pero lo que bastará para su discurso³³, podrá hallarlo en la misma obra del Sr. Obispo³⁴ t. II, o en la *Apología de Duilhé*³⁵, y más en el t II de *Les Livres saints et la critique de Vigouroux*³⁶. //3// [una línea no se lee] voy a mandarle copia de una aprobatoria del Sr. Obispo de Palencia³⁷, de otra que acabo de recibir de Menéndez Pelayo³⁸, las cuales por llegar tarde no pudieron salir al frente del libro con los que V. habrá visto allí, pero que conviene publicar en la primera ocasión. Del mismo modo, podría servir para reseña del libro 1º el informe de Dn. Roberto Flórez³⁹, que ahí le dejé.

Me alegro de que empiece a escribir en la Rev[ista] Eclesiástica, pues va adquiriendo prestigio ante el clero. Y ahora, dígame, ¿sería fácil ir publicando en la *Ilustración católica*, o en otra publicación por el estilo, mi conferencia evolucionista, bastante larga (40 cuartillas metidas) y en que resumo las principales razones que expongo en los distintos libros? Quizá contribuyan a dar a conocer y comprobar la teoría; y en ese caso podría pedir que la censuraran entre tanto.

29. Editada desde 1877 por la Societé Scientifique de Bruxelles, Namur.

30. *Études religieuses, historiques et litteraires*. Paris, Reteaux (1856-1896).

31. *La Science Catholique*, revue des questions sacrées et profanes. *Revue des sciences ecclesiastiques*. Fondée par l'abbé J.-B. Jaughey. Arras/Paris: Delhomme et Briquet 1860-1910.

32. Jean-Baptiste JAUGEY (1844-1894) *Dictionnaire apologétique de la foi catholique*, Paris-Lyon, Delhomme et Briquet, 1889.

33. Probablemente para la apertura del curso académico en el seminario conciliar de Oviedo, que el canónigo apologista tendría en preparación y que publicaría como *La misión social del clero*, Oviedo, Uría Hermanos, 1900. La introducción presenta más de una veintena de escritores extranjeros: «todos ellos pueden ser leídos con provecho» (p. 9).

34. Ramón MARTÍNEZ VIGIL, OP (1840-1904), *La Creación, la Redención y la Iglesia ante la Ciencia, la Crítica y el Racionalismo*, Madrid: Imprenta de los Huérfanos, 1892, 2 vols.

35. Marc-Antoine DUILHÉ DE SAINT-PROJET (1822-1897), *Apologie scientifique de la foi chrétienne* 1885.

36. François VIGOUROUX (1837-1915), *Les Livres Saints et la critique rationaliste: histoire et refutation des incrédules contre les Saintes Écritures*, Paris, Roger-Chernoviz, 1886-1890.

37. Enrique ALMARAZ Y SANTOS (1847-1922). Cf. más abajo en Anexos el texto completo.

38. Marcelino MENÉNDEZ Y PELAYO (1856-1912), carta 12.1.1898. Fondo Juan G. Arintero, (DO) 4.2.4.

39. Roberto Flórez. Fondo Juan G. Arintero (SS) 4.1.16.

Le vuelvo a decir que la referida carta réplica, quizá resulta impropia, y va sólo para uso de V.; y que de publicar algo de ella, convendría fuera con un prologoillo, y modificación, tomando sólo pasajes sueltos; en fin, allá V.

El día de Año nuevo dije misa solemne en las Adoratrices de Madrid⁴⁰, y volví a ver por unos momentos a Eladia, que sigue muy buena⁴¹.

Mis afectuosos recuerdos a Asunción y compañeras mártires, a Don Aniceto⁴² al Sr. Lectoral⁴³, etc. y muy principalmente a toda la familia de V. Al Sr. Obispo, todo lo que V. quiera.

Y mande a su siempre afmo. Fr Juan.

PD. Si por casualidad tiene algún número de La Opinión con el artículo de V. que no le haga falta, se lo agradecería, pues quizá convenga mandarlo a reproducir en alguna otra parte⁴⁴.

Me acaba de decir el P. Prior⁴⁵ que va a escribir al Sr. Obispo, rogándole que venga a predicar de Sto. Tomás, en la fiesta que hace esta Academia. A ver si V. lo anima y lo acompaña. //4//

2ª. Carta-réplica. 16 páginas. El padre Arintero analiza las críticas de La Cruz de la Victoria. La extensa carta constituye un verdadero pliego de descargo, en el que somete a análisis las atribuciones del columnista de Incidencias. El destino de este alegato es personal, aunque con la intención de que el de Oviedo lo aproveche para alguna publicación. No olvida el padre Arintero a su contradictor Ramiro Fernández Valbuena, ubicado en igual óptica que La Cruz].

40. «Hallábame el año pasado, en compañía de mis hermanas, en una de las salitas del magnífico Noviciado que tienen las Adoratrices en Madrid [...] una de mis queridísimas hermanas acaba de consagrarse solemnemente a Cristo y a las almas desamparadas», M. ARBOLEYA MARTÍNEZ, *Las Adoratrices*. Oviedo, Imp. La Publicidad, 1900, 66 pp. Se trata del Instituto fundado por la vizcondesa de Jorbalán, Micaela Desmaisières (n. Madrid 1809), dama caritativa conocida como Madre Sacramento. En el momento en que Arboleya publica su folleto mantienen quince colegios y han merecido especial protección de León XIII.

41. Eladia Arboleya, hermana de Maximiliano, que desempeñaría cargos y funciones importantes en la Congregación.

42. No es probable que se trate del profesor A. Sela Sampil (18633-1935), desde 1891 catedrático en la universidad de Oviedo, de la que sería rector (1900).

43. Es lectoral de Oviedo José Rodríguez Díaz-Santamarina, profesor de teología y prefecto de estudios del seminario; titular del premio académico Santamarina. Ya en 1888 se mostraba favorable al estudio de las ciencias físico-naturales. Cf. A. HEVIA BALLINA, *o.c.*, p. 74.

44. Se trata de «Un fraile transformista», publicado luego en El Campeón Leonés y en La Opinión de Asturias.

45. Fr. José M^o Suárez (n. Oviedo 1857) prior de San Esteban y director de la Academia de Santo Tomás desde 1895 hasta su muerte en 1900.

Salamanca, 18.1.1899.

«Sr. D. N. X.

Mi distinguido amigo: me pregunta V. qué me parece de las Incidencias sin firma alguna, publicadas en La Cruz de la Victoria, en los n[úmero]s correspondientes al 4, 5 y 7 de este mes, donde, como V. me dice, estoy puesto de hereje.

¿Qué me ha de parecer?...Por de pronto le diré a V. que no me sorprenden.

Al resolverme a publicar mis trabajos sobre el transformismo, conocía de sobra, según hice constar en la Introducción, que había de ser víctima de esas y otras muchas acusaciones, por parte de algunos que se creen más tradicionalistas, más ortodoxos y más infalibles que el Papa, y cuya novísima moral cristiana consiste en lanzar a diestro y siniestro anatemas, sin enterarse de las personas y circunstancias, ni aun de las mismas doctrinas que tan odiosamente estigmatizan.

A pesar de este temor de verme herido en lo más sensible que puede haber para un religioso «dominico y español por añadidura», cual lo es la ortodoxia, he creído un deber de conciencia exponerme a todo por desvanecer las funestas prevenciones que militan contra aquel sistema y que, al paso que van, no pueden menos de ocasionar la ruina de muchísimas almas. –Ignominioso y sarcástico resultaría para mí el emblema de todas las glorias dominicanas, el divino lema Veritas, que mi Orden ostenta en su blanca bandera, si, por debilidad o por cualquier miramiento humano, dejase de salir por los fueros de la verdad conocida.

Si en el transformismo hay mucho de erróneo y de heterodoxo, que es preciso desenmascarar y condenar: también hay otro tanto y más de verdadero y legítimo, plenamente demostrado, que es preciso respetar y amar. Comprender lo uno y lo otro en una reprobación común, es comprometer la verdad revelada, como tan amargamente lo lamentaba ya S. Agustín, cuando escribía (De Genesi, al litt. L. I, c. 19) que la petulante ignorancia con que ciertos cristianos rechazan en nombre de su fe las verdades científicas conocidas de los infieles, es causa de que estos se rían de nuestros dogmas, y los tengan por tan absurdos como las fantasmagorías de aquellos temerarios que se meten a hablar de lo que no entienden.

Con esa intransigencia obstinada se cierran las puertas de la fe, como decía Sto. Tomás (I, 68, 1)⁴⁶, a los infieles no maliciosos, y se dan armas a los enemigos astutos; con ello se precipita en el abismo de la incredulidad

46. «Ne Scriptura ex hoc ab infidelibus derideatur, et ne eis via credendi praecludatur».

a tantos cristianos débiles o vacilantes, como hoy abundan y se llena de ansiedad a muchos sabios piadosos que, por eso, a veces dejan de hacer conquistas científicas, que honrarían a la Iglesia, o, lo que es peor, llegan a cobrar horror a la ciencia y la dejan a merced de nuestros [tachado: enemig] adversarios. Los cuales por no haber quien les haga competencia, pasean con aire triunfal sus nefandas banderas por el campo de las investigaciones novísimas, desde donde nos hacen a veces tan certeras cuanto terribles descargas.

Según La Cruz, no hay por qué temer: «La Iglesia de Dios es una ciudad amurallada con doce puertas, en cada una de las cuales hay un apóstol para defenderla». Y no advierten que si los impíos no prevalecerán contra la Iglesia, pueden con todo hacer en ella grandes estragos, y arrebatarle muchos hijos; no advierten cómo parece cumplirse hoy aquello del Apocalipsis de que cayó la tercera parte de las estrellas del cielo; cómo cunde la incredulidad por los países vecinos, e irá cundiendo por el nuestro, si no se pone oportuno remedio; cómo va de día en día aumentando el número de almas atormentadas por las dudas, y que acaban por perder la fe creyéndola en oposición con la ciencia. //2//.

*Y ¿quiénes dan ocasión a ello, sino los que a nuestros sacrosantos dogmas los hacen solidarios de ciertas doctrinas más anticuadas que fundadas, y que a lo mejor resultan incompatibles con la ciencia? Ellos son los que, vendiendo por dogma de fe las simples opiniones y aun los extravíos de algún teólogo particular, dan a la impiedad el trabajo hecho, ofreciéndole formulados los conflictos que ella tanto celebra: ellos, con su aversión a toda nueva teoría, por el mero hecho de ser nueva, justifican en no pocas ocasiones estas maliciosísimas palabras de Huxley (*L'Évolution et l'origine des espèces*, p. 41): «Al rededor de la cuna de cada ciencia yacen teólogos semejantes a las serpientes estranguladas junto a la cuna de Hércules, etc.».*

De esa culpa no están exentos los que, pudiendo o debiendo, no salen al encuentro a los enemigos, para disputarles el campo, cultivando las ciencias donde nos combaten y «oponiendo, como dice el insigne apologista Duilhé, a la mentira científica, la verdad científica». –La Cruz llama a esto «correr aventuras» y cree que no debemos usar de las armas del enemigo, por buenas y poderosas que sean. Pero no lo entienden así los grandes guerreros, ni los grandes apologistas, los cuales si pueden procuran desarmar al adversario y volver contra él sus propias armas: así lo hizo David con Goliat; y así lo hizo Sto. Tomás con la filosofía aristotélica. –No tendríamos que lamentar, a buen seguro, tantos estragos como va haciendo el naturalismo, si con él hubiéramos seguido desde el principio esa táctica.

Por otra parte, en aquella mística ciudad de Dios no se está tanto con el cuerpo como con el alma; con la mente y el corazón se vive propiamente en ella. Y no está allí muy bien con la mente quien, por su misma

intransigencia, se hace cómplice del error; ni menos está con el corazón quien no tiene caridad //3//, la cual parece faltar cuando «sin motivo ni fundamento se juzga o sospecha mal del prójimo», máxime si es en materia tan grave, como aquellas: «¿Quién alimenta al demonio? ¿Quién abre la puerta a los ladrones?»

¡He aquí, amigo mío, los cariñosos saludos con que me despide La Cruz en sus Incidencias! –Pero no; es de suponer que el autor de ellas, aunque anónimas, no será de la redacción; y que se habrá sorprendido la buena fe de esta, la cual, como católica, procurará enterarse de la verdadera doctrina de mi obra; y viendo que es, casi en todo, lo contrario de lo que se me atribuye, cumplirá con su deber, el más elemental del cristiano, cual es reparar la buena fama quitada.

Esto, amigo mío, lo digo por amor de ella (La Cruz); a mi en particular, me preocupa muy poco. Mi ortodoxia no ha de someterse al fallo de articulistas que hablan de lo que no entienden, y se atreven a juzgar hasta de lo que no han visto ni oído. Tengo la no pequeña satisfacción de ver que todos cuantos, con la debida competencia y escrupulosidad, han examinado mi teoría, por muy opuestos que antes fueran al transformismo en general, la tiene por plenamente ortodoxa y razonable, y aún «sólidamente probable», reconociendo, por de pronto, que es la más moderada y restringida de cuantas hasta hoy se han excogitado, y acabando por censurarme, no de avanzado y temerario, sino, al contrario, de rígido y tímido.

Desde luego, lo que importa es el testimonio favorable de las legítimas autoridades de la Iglesia; cuyas censuras y aprobaciones oficiales, al frente de la obra están bien claras, al lado de las debidas a personas respetabilísimas ora por alta dignidad ora por su competencia. –Y como esas aprobaciones son ya públicas, no necesito decirle a V. nada más acerca de ellas⁴⁷. Mas para que vea que no son aisladas, le remito para su gobierno, y aun para que haga V. de ellas el uso que le parezca (pues autorizado estoy al efecto), entre otras recibidas posteriormente, las adjuntas, del Sr. Obispo de Palencia y del Sr. Menéndez Pelayo. //4//

Con tales aprobaciones, como V. comprenderá muy bien, no tengo por qué alarmarme ni inquietarme con los anatemas de alguno que otro de los chicos de la prensa.

Sin embargo, por complacerle a V. (ya que a ello me obliga nuestra buena amistad), le expondré algo más detalladamente lo que pienso acerca de

47. «Pienso que el P. Arintero fue demasiado ‘optimista’ a la hora de valorar los servicios que la doctrina sobre la evolución o la cultura en general prestan a la fe. Pero no parece que esto justifique una tan generalizada oposición a firmar la ‘censura’ de un libro, de cuyo contenido, como es evidente, responde siempre el autor». A. BANDERA, *Una vida de santidad*, p. 144.

cada una de las principales acusaciones que La Cruz de la Victoria me hace. Y digo «La Cruz» y no el autor de las referidas Incidencias por abreviar más, ya que, al cabo, plenamente responsable de ellas es el periódico que las ha publicado anónimas.

*En primer lugar repito a V. que en las circunstancias que median, no me preocupan, ni lo más mínimo, esas acusaciones o pesadísimas bromas, o como se las quiera llamar; pero sí lamento, a pesar de eso, que un periódico que se precia de muy católico, se permite la ligereza de lanzar contra un religioso tan tremendos cargos, que de algún modo afectan al hábito, redundando en la Orden, con cuya autorización y aprobación terminante se publicó la obra aludida, y esto sin tomarse el trabajo de leerla (como claramente se indica en las Incidencias), y llegando por eso no ya a colgarme todo lo contrario de lo que enseño, sino hasta opiniones avanzadísimas que enérgicamente refuto. –Mas no es de extrañar mucho que mis opiniones, no habiéndolas visto, las entiendan al revés: cuando casi hace otro tanto con el concienzudo artículo de nuestro amigo, el Sr. Arboleya, titulado *Un fraile transformista*, publicado en *La Ilustración católica*⁴⁸, reproducido en el *Campeón Leonés*⁴⁹ y en la *Opinión de Asturias*⁵⁰, y por fin, analizado o desnaturalizado en las ya famosas *Incidencias de La Cruz*, donde es el blanco de las censuras que a mi me llegan de rechazo.//5//*

Empieza, pues, La Cruz diciendo que el Sr. Arboleya gasta conmigo bromas muy pesadas. –Mas yo no veo otras bromas sino las de las dichas Incidencias. Y en honor a la verdad confieso que el mencionado Artículo es un trabajo serio que no puedo menos de aplaudir casi en todo. Y digo «casi» porque debo excluir necesariamente los inmerecidos elogios que a mi humilde persona tributa el distinguido crítico; esos los agradezco pero los rechazo no pudiendo concebirlos sino como testimonio de la bondad y buena amistad, pues conozco bien mi pequeñez y que siempre seré «un siervo inútil». Por lo demás, el trabajo del Sr. Arboleya es uno de los análisis más exactos y de los juicios más razonables y mejor razonados que se han hecho de mis teorías; si bien, por su necesaria brevedad, no pueda exponerlas completamente, marcar su extensión, sus detalles y sus límites, y justificarlas de acusaciones que sólo pueden ir en contra del ultraevolucionismo.

Por mi parte diré a V. que he procurado muy de veras armonizar las doctrinas científicas que tengo por ciertas o por más razonables con las enseñanzas de nuestra santa Religión. No puedo saber, ni me tocará tampoco decir, si he acertado o no; pero tengo la satisfacción de haber procedido con los mejores deseos y aun creo que la de no haber incurrido, al

48. *Ilustración Católica de España* 15.12.1898, p 12. Verlo en Anexos.

49. *El Campeón Leonés*, diario independiente (León 1898), dirigido por Clemente Bravo.

menos, en lo que puede llamarse «error pernicioso». –Y mi satisfacción será plena, si otro, con más luces y mejor acierto, acaba de completar y corregir lo mucho que haya podido quedarme incompleto o inexacto.

Para eso he tenido necesariamente que lastimar muchas prevenciones, que parecen respetables, pero que, en realidad, nada tienen que ver con el dogma; antes no le sirven ya sino de daño, haciéndolo como solidario de las «incierto y tímidas» opiniones humanas, y dando así a los enemigos un blanco y un asidero seguros.//6//

Que de esas prevenciones hay muchas, no necesito yo decirlo; dícelo bien claro la historia de los grandes descubrimientos, casi siempre rechazados en su principio por el solo crimen de ser novedades; y dícenlo también a una voz los grandes apologistas modernos, empezando por el P. Monsabré⁵¹, Duilhé, J. d'Estienne⁵², el P. Zeferino⁵³ y el obispo de Oviedo⁵⁴.

Pues las mayores y más funestas de todas esas prevenciones son las que hay en contra del transformismo. Por eso en la Introducción general procuraré, como hace constar el Sr. Arboleya, preparar los ánimos para que consideren la cuestión a sangre fría, desvaneciendo los vanos prejuicios ante los cuales no hay razones que valgan y se estrellan los más generosos esfuerzos.

Mas para La Cruz eso es un crimen: «¡Qué mal huele –dicen– eso de que el ánimo del lector, católico por supuesto, se deje llevar de ciertas preocupaciones!». –Pero ese mal olor de La Cruz es una preocupación como tantas otras: «¿Será verdad, P. Arintero, (prosigue) que V.R. se proponga en ese primer libro disipar nuestras preocupaciones para hacernos después entrar por el aro del evolucionismo?». –¿Y por qué no? ¿Había de escribir para perder el tiempo en vano? –«Si así es, R. Padre, sepa que no está V. en lo cierto».

La afirmación es solemne; parece hecha ex cathedra. Mas no basta afirmarlo; es menester probarlo; y en vez de pruebas sólo hallo contradicciones con lo dicho en otro artículo de La Cruz y aun en las mismas Incidencias

50. La Opinión de Asturias (Oviedo 1893-1910), conservador, pidalino, que dirigía el periodista Emilio García Paredes (1872-1942).

51. Jacques M-L. MONSABRÉ, OP (1827-1907), *Oeuvre de Dieu* (1875), *Gouvernement de Dieu* (1876), *Exposition du dogme catholique*. Cf. Manuel M^a SAINZ, OP, *El P. Monsabré*, Vergara 1907.

52. Jean D'ESTIENNE (G. de Kirwan), «Le transformisme et la discussion libre», extrait de *Revue des questions scientifiques*, janv-avril 1889. Ed Bruxelles, Pollenius, 1889. Cf. G. Arintero en *Evolución I*, p. 519, n 1.

53. Zeferino GONZÁLEZ, OP, cardenal, arzobispo de Sevilla, de Toledo, primado de España, autor de *La Biblia y la Ciencia*, Madrid: Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1891. 2 vols (XLVII + 618 y 687 pp.). Segunda edición (Corregida y aumentada por el autor). Izquierdo y C^a. Sevilla, 1892. 2 vols. (L+572 y 582 pp.).

54. Ramón MARTÍNEZ VIGIL, OP, autor de *La Creación, la Redención y la Iglesia ante la Ciencia, la Crítica y el Racionalismo*, Madrid, Imp. de los Huérfanos, 1892, 2 vls., 503 y 480 pp. respectivamente.

según va V. a ver enseguida. «Nos cuesta trabajo tomar en serio –dicen las *Incidencias del día 4*– que un fraile dominico, discípulo entusiasta de Sto. Tomás de Aquino, y español por añadidura, se meta a transformista».

Yo no sé por qué no hemos de poder ser transformistas los discípulos de Sto. Tomás de Aquino, habiéndolo sido su maestro, el Bienaventurado Alberto Magno. Y el articulista tampoco acierta a decírnoslo, añadiendo: «Porque el transformismo //7// es algo así... ¡Vamos! será que nosotros no lo entendemos». Posible es que sea eso. «El transformismo nos repugna». –¡Acabarás de decir algo! –Pero la razón no deja de ser convincente... para quien aún dude que existen ciegas prevenciones en contra del transformismo. Si todo lo que a ciertos paladares repugna fuera malo, bonitos estábamos: hasta la luz que es tan buena repugnaría a los ojos enfermos, y a los de la lechuza y del murciélago.

Pues bien, ese mismo número en que *La Cruz* nos da, por razón suprema, sus repugnancias individuales se encabeza con un artículo sobre *El hombre terciario* firmado por L.A., donde se dice terminantemente: «Hoy todos los naturalistas son genuinamente transformistas, pero no van sus conclusiones tan allá como las de Odón de Buen»⁵⁵ –Esto es la pura verdad como podrá verse probado palpablemente en mi *Evolución*. Y siendo esto así, perteneciendo como pertenece el transformismo a las ciencias naturales, ello solo bastaría según el principio *peritis in arte credendum* para persuadir de la verdad del transformismo a los que de por sí no hayan podido o no puedan estudiarlo a fondo, si no fueran ciertas repugnancias análogas a las de *La Cruz*.

Para ella, el referido principio ya no vige, «porque los sabios del día no tienen sentido común» (¡) ¿Y cómo han de poder tenerlo si, por lo visto, le pertenece a ella sola? – Tan de moda se va haciendo esa cómoda palabra, sentido común (última y suprema razón de quien no tiene otra que valga) que cada cual la emplea para significar el suyo propio, aunque este sea un contrasentido tan grande como el transcrito y subrayado.

Mas aún nos ofrece otras muestras del mismo sentido antitético: «Bromita pesada nos parece –¡Presentar al P. Arintero simpatizando con una escuela que el vulgo de los sabios cree incompatible en absoluto con las doctrinas de le Iglesia!» //8//

55. Odón DE BUEN (1863-1945). Catedrático de Zoología y Botánica en la universidad de Barcelona de 1889-1911, fue uno de los principales introductores del evolucionismo en España. Creador de la sección de CC Naturales en la universidad de Barcelona. Condenado por la jerarquía eclesiástica por sus ideas científicas, fue apartado de la cátedra en 1895, lo que generó disturbios y protestas, cierre académico durante dos meses. Cfr. Odón DE BUEN , *Mis memorias*, Zaragoza, CSIC 2003. Clarín se hace eco de los casos de Odón de Buen y de Dorado Montero, Revista mínima. La Publicidad 5.4.1897, OoCc IX, 2058.

Pero muchas cosas cree el vulgo sabio contra la creencia común de los sabios no vulgares y una de ellas es la referida incompatibilidad, pues hoy los verdaderos sabios, o se adhieren francamente al transformismo, o simpatizan con él, o al menos lo reconocen, en el fondo y limpio de ciertas exageraciones, por plenamente ortodoxo, según podrá verse en mi Introducción y mejor en el Libro 2º donde consigno una serie bien larga de testimonios⁵⁶.

Y eso mismo, sustancialmente, para decirlo ella todo, nos lo va a decir La Cruz, con el buen sentido común que en las Incidencias se nota: «Con estos datos a la vista –escribe en la del día 7– cualquiera creará que ese fraile, sirviéndose de las luces de la Filosofía cristiana, va a señalar a los transformistas el punto hasta donde pueden llegar y no podrán pasar».

Pues eso es precisamente lo que he tratado de hacer; y bien claro lo ha dicho el Sr. Arboleya. Por eso lamento que La Cruz, con ligereza increíble, me atribuya otro propósito, cuando sólo puede suponer lícitamente ese, que, por otra parte, le consta por una autoridad tan respetable.

Mas ella en su afán de decidirlo todo y decirlo todo al revés, llega hasta esos extremos, atribuyéndome, porque sí, hasta las más ridículas e impías extravagancias del ultraevolucionismo: de ahí su empeño de sacar a cada paso a relucir el pretendido origen simio del hombre. Si yo no excluyese al hombre del proceso evolutivo de los animales, ¿en qué me distinguiría de los evolucionistas más empecatados? ¿Qué otros límites podría señalar a la evolución para llamar a mi sistema moderado y restringido?

Conforme ha hecho constar nuestro buen amigo, el Sr. Arboleya, si admito con los evolucionistas la mutabilidad de la especie orgánica, o sea la especie tal como la estudian y establecen los evolucionistas, estoy //9// tan convencido como el que más de la absoluta inmutabilidad de la especie ontológica. Esta, como enseña el Dr. Angélico, la constituye la identidad del principio vital inmutable: aquella, como demuestra la práctica naturalística, la determinan la forma exterior y otros caracteres orgánicos, que, como tales, son rigurosamente mudables, según dice el mismo Dr. Angélico y conforme he probado a lo largo de todo el Libro 1º (La Evol. y la mutabilidad de las esp[ecies] org[ánicas]).

El confundir una especie con otra, siendo cosas tan diversas, el atribuirles el mismo concepto y la misma realidad, sólo porque llevan el mismo nombre de especie, es la causa principal, si no la única, de tan ciega oposición como al transformismo han hecho muchos filósofos. Con la referida distinción, tan natural y tan clara, se concede a las ciencias naturales

56. Cf. Ricardo ALBA SÁNCHEZ «La evolución de las especies según Juan González Arintero», en *Anuario de Historia de la Iglesia* 14 (2005) 431-435. *Cuadernos de Filosofía*, vol. XVI, n. 3, pp. 207-301. Pamplona, 2006.

lo que es suyo, sin que por eso se comprometa o pierda nada la filosofía, ni mucho menos la teología; pues todo el interés que esta pudiera tener en la cuestión, se salva perfectamente con sólo admitir la inmutabilidad de la especie ontológica.

Pero La Cruz, aun después de oír esa distinción, sigue impertérrita trabucando los conceptos: «¡Ay, R. Padre! –me dice– mire V.R. lo que hacen ... Con que tenemos averiguado que las especies de las cosas son inmutables (las especies metafísicas, sí; las orgánicas, no) es decir que la especie de perro (esta es simple especie orgánica) no puede mudarse a la especie gato y que la especie mico no puede mudarse en la especie hombre ¡y V. P. quiere allanar esta dificultad, para que pasen los transformistas!»

¿A qué se meterán a escribir para desbarrar de ese modo? –El perro y el gato son simples especies orgánicas, cuyas diferencias no afectan al principio vital. Y si no, lea el incidentista si quiere la Filosofía del cardenal Zigliara //10// (que como antitransformista decidido, no le será sospechoso) y verá cuánto les falta a esas llamadas especies para serlo en el rigor filosófico; esas especies impropias –le dirá el insigne Turpurado– no difieren en la naturaleza sensitiva, difieren tan sólo incidentalmente. Por esto son mudables, y por lo mismo, quedan envueltas en la espira[l] de la evolución⁵⁷. –Mas no por eso se sigue que hayan de transformarse una en otra, es decir, el perro en gato o viceversa; eso no lo enseña ningún transformista sensato, ya que la evolución no se realiza de ese modo y en ese sentido. Pues tampoco se transforman el negro en blanco, o recíprocamente, a pesar de ser simples razas de la única especie humana. Mas pueden y deben provenir de un tronco común primitivo el gato y el perro, así como provienen de un mismo tronco el negro y el blanco. La evolución, en una palabra, no se realiza por la fusión, confusión o recíproca transformación de las especies o tipos contemporáneos; sino, al contrario, por la progresiva diferenciación y desmembración de los tipos, originándose nuevo subtipos.

Las especies ontológicas no corresponden, pues, ni por asomo, a las orgánicas, ni aun siguen a los géneros ni a las familias taxonómicas; sino por regla general, a las clases. Entre éstas, como hago resaltar en muchos lugares de mi Evolución, es donde suele mediar diferencia verdaderamente esencial, diferencia relativa al principio vital. De ahí que las clases vengán comúnmente a marcar los límites infranqueables de la evolución. Lo cual está muy conforme con la actual tendencia moderada de todos los

57. Cardenal T. ZIGLIARA, OP (1833-1893), *Summa Philosophiae in usum scholarum* Auctore F. Thoma Zigliara, OP, II, Paris, Briguet, 1900-12^a. E igualmente en *Propaedeutica ad Sacram theologiam in usum scholarum*, Roma, Propaganda Fide, 1879, pp. 27-28. En un dictamen de 1878 calificaba al darwinismo de panteísmo materialista bajo forma embriológica. Cf. M. ARTIGAS- R. MARTÍNEZ, «La Iglesia y el evolucionismo: el caso de Raffaele Caverini», en *Scripta theologica* 36 (2002) 37-68.

transformistas no sectarios, quienes rechazan el desarrollo monofilético de Haeckel⁵⁸, y admiten el polifilético, o sea la realidad de ciertas series paralelas, irreductibles, cuyos orígenes, por lo mismo, deben remontarse a la obra inmediata de Dios.//11//.

Pues bien, entre todas las especies, en rigor ontológicas, que puedan caber en el reino animal, ninguna hay tan cierta, tan indudable como la humana por lo mismo que nuestra alma difiere tan claramente de la de los brutos. Por eso es de todo punto imposible la evolución del mono en hombre y aun la común procedencia evolutiva, a partir de un mismo tronco, por remota que esta sea. –Así, malamente confunde el incidentista las relaciones del perro y el gato con las del mico y el hombre, pues entre estos median diferencias ontológicamente específicas, y por tanto inmutables, y entre aquellas no.

«En este escollo –prosiguen las Incidencias– de la inmutabilidad de las especies tienen que hundirse todos los transformistas. –¿Y V. P. quiere darles la mano y sacarlos de la sima?».

Se hundirán los transformistas furibundos, que no quieren reconocer diferencia esencial entre el hombre y el mico, por lo mismo que no las pueden reconocer entre el perro y el gato; y la mano tal vez se la dan los que con tanto aplomo afirman que las diferencias son tan esenciales en un caso como en el otro. Mas no se la da en ningún modo quien reconoce que dichas diferencias son de muy distinta condición, probando que unas son esenciales y las otras accidentales. Ni se hundirán los transformistas que se atienen a las simples especies orgánicas, reconociendo la inmutabilidad de las especies ontológicas, y señalando de este modo los límites infranqueables a la evolución. –Si esto no es buen proceder ¿a qué fin pretende de mi La Cruz que señale a los transformistas el punto a donde pueden llegar y no podrán pasar?» –Pues he ahí el que yo les señalo: por lo pronto el límite que separa el mundo racional del irracional; y además otros que media entre las diversas clases que difieren esencialmente. –Vea, pues, el articulista de La Cruz cómo esos límites que yo admito son aún más reducidos que los señalados por él; de donde se sigue que, a pesar de sus intransigencias, me gane sin darse cuenta, en /12/ su tolerancia para con el transformismo.

«Ese punto –dice– nosotros los católicos ya sabemos cuál es –Que el cuerpo de Adán fue hecho de barro por Dios. –Y que Dios infundió espíritu a ese cuerpo»–. Luego, con sólo admitir esto, en todo en todo lo demás La Cruz tiene ya por lícito el transformismo; y no puede volver a decir lo contrario sin incurrir en otra nueva contradicción.

58. Ernest Heinrich HAECKEL, *Anthropogenie*. Traducción *La Antropogenia o historia de la evolución humana* (1874).

Por mi parte convengo en que eso es lo más esencial, conviene a saber, la creación e infusión del alma racional, y la formación del cuerpo de Adán inmediatamente por Dios; pues en esto está bien terminante el texto de la Escritura y aun la enseñanza de la Iglesia.

Pero aún hay, a mi ver, otro punto casi tan importante y tan explícitamente enseñado por la Escritura y la Tradición cristiana; y ese es la producción inmediata por el mismo Dios de varios tipos orgánicos, irreductibles, o sea la creación de las diversas clases de los irracionales. *Et creavit Deus omnem animam viventem.*

Ahora, en cuanto a ciertos detalles de la materia de que fue hecho el cuerpo de Adán, o sea, en cuanto a la disposición o preparación que pudo tener aquel lodo misterioso de que Dios se valió para formarlo, hay bastante que decir; pues, si no lo hubiera, no lo discutirían tanto un S. Agustín y otros eminentes exégetas, que no se contentan con despachar las cosas a bulto y a carga cerrada, como el incidentalista de La Cruz.

Mi manera de ver sobre estas delicadas cuestiones la expongo bastante clara y detalladamente en la Introducción, al hacer el resumen de los Libros 2º (La evolución y la Tradición cristiana) y 8º (La Evolución y el Origen del Hombre). //13//

Creo, pues, amigo mío, que no habrá sido del todo vano mi intento de «dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», procurando, como he procurado, respetar igualmente y armonizar entre sí, las positivas enseñanzas de la razón y las de la Iglesia. Por eso me atrevo a repetir con el Dr. Arboleya que en mi obra «se concede a la ciencia cuanto puede apetecer, sin que pierda nada la Filosofía cristiana».

Pero La Cruz se escandaliza al oír estas palabras, y replica: «Concede a la ciencia cuanto puede apetecer» —«¡A qué ciencia, P. mío!»

—Pues ¿a qué ciencia ha de ser, cuando así se la contrapone y todo a la filosofía? ¿A qué ciencia, sino a lo que hoy se entiende comúnmente por esa palabra, ciencia? —Mas La Cruz proseguirá con su desenvoltura y con sus ordinarias entendederas: «Claro está que V. R. nada, absolutamente nada tiene que conceder a la ciencia verdadera, a la ciencia de la verdad católica, a la Teología y la Filosofía cristianas». —De modo que, para La Cruz, no hay más ciencia que esas: ¡las matemáticas y la geología, por ej. no son ciencia sino, como ella dice, nesciencia! —Pues apaga y vámonos ...

Pero aún continúa impertérrita: «Entonces ¿a qué ciencia hizo V. R. concesiones? ¿A la ciencia de los impíos? —¿A la ciencia de los materialistas?»

Pues a la ciencia de cualquiera, con tal que sea ciencia legítima, y no pseudociencia. —«¡Y concederles «cuanto puedan apetecer» a esos bribones!»

Sí, con tal que lo apetezcan legítima o sea científicamente; porque la verdad debe siempre admitirse, venga de donde viniere. —Y no soy yo quien lo dice, dícelo el mismo León XIII (*Encycl. Aeterni Patris*): «*Edicimus*

libenti gratoque animo excipiendum esse quidquid sapienter dictum, quidquid utiliter fuerit a quopiam inventum atque excogitatum».

Y por eso admito el transformismo; porque aun cuando lo enseñen los impíos, lo tengo por sapienter dictum y utiliter inventum atque excogitatum. //14//

Ya ve V. mi querido y fiel amigo, que el incidentista de La Cruz no merece más importancia que el Sr. Valbuena, a quien, por lo visto, se propuso imitar y aún dejar muy atrás. –Porque ya sabrá V. que el bueno del Dn. Ramiro después del interminable fárrago insustancial de Cartas que me dirigió, ha publicado en la Revista Eclesiástica y en El Correo Español unos artículos sobre La crítica y los críticos, en que, para acertar, solamente le faltó haberse propuesto retratarse o, como dicen, objetivarse a sí mismo, pero disfrazado bajo otros nombres. –Y uno de estos es el mío⁵⁹.

Dice, pues, con la mayor frescura del mundo, entre otras cosas, que está averiguado que yo censuré su Darwinismo en solfa⁶⁰, sin haberlo visto ni conocido sino por el nombre. De donde lógicamente deduce varias consecuencias tan graves y tan ofensivas como ésta: El autor que así procede no merece fe ninguna. Mas, a pesar del aplomo de aquella afirmación categórica y de la gravedad de sus consecuencias, el hecho es que yo leí aquel opúsculo hace ya unos seis años, y que apenas hallé en él, entre sus gracias y sus desgracias, otra cosa sino motivos de risa, en especial para los impíos. De lo cual, da la rara casualidad de que pueda yo aducir numerosos testigos que o me vieron leerlo, o me oyeron formar de él el mismo juicio que después hice por escrito.

Y pasando más adelante el Sr. Penitenciario de Toledo se mete en intencionalidades no muy propias de su oficio, y dice que a las referidas Cartas suyas escribí yo una réplica, la cual no coló por la aduana, por no ser

59. Ramiro FERNÁNDEZ VALBUENA (1848-1922) Canónigo Penitenciario de la Santa Primada de Toledo. Recogió en una publicación unitaria las cartas escritas en El Correo español, con el título: ¿Cubrió el Diluvio toda la tierra? Cartas al P. Arintero, Toledo, Imp. Menor Hermanos 1897, con este contenido: Razón de estas cartas (I), El estilo (II), Estado de la cuestión (III), El criterio (IV), Aplicación del criterio (V), Excepciones (VI), La justicia de Dios (VII), La población de la tierra al tiempo del diluvio (VIII) La teoría del Padre Arintero (IX, X, XI), El milagro (XII, XIII, XIV), La ciencia (XV), El número de especies animales (XVI), Cómo cupieron los animales en el arca (XVII, XVIII), El agua necesaria (XIX), El texto sagrado (XX), Resumen y conclusión (XXI). 394 páginas. Cuando se apoya en el juicio adverso de un dominico nos muestra que también desde dentro se rechazaba al padre Arintero; no podemos olvidar los incidentes con Rodrigo Díez en esos años. En concreto la censura de la Réplica al Sr. Valbuena, que no pudo ser publicada. Cf A. BANDERA, *o. c.* pp.148-153, n. 19.

60. Fernández Valbuena, integrista y carlista, entonces canónigo Lectoral de Badajoz, atacó duramente en El Avisador de Badajoz a Máximo FUERTES ACEVEDO (1832-1890) por su obra El darwinismo; sus adversarios y sus defensores. La serie de artículos fue publicada bajo pseudónimo D^a Clara Sintemores como El Darwinismo en solfa, Madrid: Imp. Viuda e Hijo de Aguado, 1887, 202 pp.

«mercancía legítima». – ¡Conque ya ve V. si ese buen Señor está bien enterado de las cosas de la Orden, pues sabe lo que no sabía yo! Y esto lo aduce como única prueba de que dichas Cartas eran irreplicables, o sea muy científicas!

Mas V. que conoce ya esta historia por otro conducto algo más fiel que el de la simple suposición o suposición simple, sabe muy bien por qué no quise yo que saliera a luz dicha réplica, cómo la escribí de muy mala gana, cediendo a la importuna insistencia de ciertos amigos, y cómo al fin me resolví a no publicarla de ningún modo, por lo mismo que carecía de todo objeto digno y serio; //15// pues las Cartas al P. Arintero (a semejanza del Darwinismo en solfa y de las analizadas Incidencias de La Cruz) de todo tienen menos de serias y científicas. Esto podría verlo clara y detalladamente quien se tomase la molestia (no pequeña) de leer el manuscrito de dicha Réplica, donde salen a relucir los muchos milagros científicos de Dn. Ramiro. Pero basta saber el juicio que de dichas Cartas formó un autoridad tan respetable como la Revue Biblique (Julio, 97) la cual dice que el fondo de ellas viene a reducirse a sátiras y chistes, junto con las más odiosas acusaciones⁶¹.

Pues ya verá V. cómo en la intransigente moral del Sr. Penitenciario y de nuestro incidentista no entra el retractarse de tantas suposiciones tan falsas como ofensiva, ni mucho menos de reparar las consecuencias.

He aquí, pues, amigo mío, cuanto para satisfacer su curiosidad o, mejor dicho, el interés que ha tenido V. a bien mostrar por mis teorías, puedo por hoy indicarle.

Sentiría que esto que le digo en el seno de la confianza, para su particular y lo sumo para que llegue a conocimiento de nuestros más íntimos amigos (que con V. se interesa BAN por saber mi humilde parecer) trascienda al dominio público; pues, aunque las verdades notorias pueden decirse dondequiera, éstas mal hiladas sólo servirían ahora para dar importancia a cosas y personas que no la tienen.

Recordando el consejo del Sabio (Prov. XXVI, 4), verá V. que no hay por qué responder a los que de esa manera hablan. Las ridiculeces, en asuntos tan serios, se vuelven contraproducentes; aunque puedan fascinar a la turba muda de los infinitos, el parecer de estos debe tenernos sin cuidado.

61. «Il s'est vu accuser par M. le chanoine Valbuena de craindre le miracle, de faire des concessions au naturalisme et à l'impieité, d'imiter les protestants et de leur emprunter leurs arguments ... Comme la satire et la plaisanterie avec les accusations les plus odieuses d'hérésie, de rationalisme, d'esprit voltairien, en font presque tous les frais, il n'y a qu'à feliciter le P. Gonzalez Arintero de suivre la voie ouverte en Espagne par le cardinal Gonzalez dans son ouvrage La Biblia y la ciencia», en *Revue Biblique Internationale*, t. VI (1897) 494.

Los sabios y prudentes no han de juzgar de mi obra sin verla y examinarla; y viéndola, puedo esperar de ellos un juicio análogo al de los que hasta ahora la han visto.

Los que, como nuestro incidentista, juzgan y condenan sin saber de qué se trata, por mi parte, no me preocupan, antes me hacen reír bastante; y por cierto que me divertirían mucho si no fuera por la compasión que me da enseguida, viendo el daño que hacen, a si mismos y a otros como ellos.

Agradeciéndole, pues, a V. como merece, el inmerecido afecto que me demuestra, se repite de V. siempre afmo. s.d. y cap[ellá]n q. B.S.M. fr. Juan G. Arintero, OP. Salamanca y Enero 18/99.

3ª. Maximiliano Arboleya publicaba A propósito de un libro reciente: *La Evolución y la filosofía cristiana*, por el P. Juan G. Arintero. Del convento surgieron, recuerda: el cardenal González, el obispo Martínez Vigil y el joven P. Arintero, profesor de Apologética en Salamanca. Leídas sus obras, ¿en qué quedan las vocinglerías de Odón de Buen, el famoso descubridor de un fósil?, o Dicenta, descubridor de que Campoamor es darwinista, después de sus diatribas graciosísimas contra el darwinismo⁶², o Pi⁶³, autor de otro descubrimiento no menos notable, que la razón humana no puede demostrar la existencia de Dios.

Arintero establece la distinción fundamental de especies orgánicas/especies metafísicas. Demuestra que los dogmas de nuestra fe y los principios de la filosofía cristiana se armonizan admirablemente con la evolución de las especies orgánicas muy lejos de suponer que se transformen las especies ontológicas, irreducibles e inmutables.

Tal es el criterio de J. Arintero, de Z. González y de R. Martínez, amplísimo, racional, común en la apología contemporánea, fundado en profundos consejos de san Agustín y santo Tomás, oportunamente recordados por León XIII. Reconocer a la ciencia todos sus adelantos, dar a Dios gracias por ellos y demostrar que la religión nada tiene que temer de tales progresos, debe ser la tarea del apologista contemporáneo y esa es la que, respecto a la evolución, se impuso el P. Arintero.

De nuestro mismo campo se alzan voces de alarma. Pero donde quiera que hallemos una verdad debemos abrazarla con entusiasmo como hija que es de Dios. (Arboleya, *Laboremus*, pp. 121-134)].

62. Joaquín DICENTA (1862-1917) funda en 1897 la revista *Germinal*, naturalista, aún numerosos escritores utopistas, anticlericales, republicanos; él se declara ateo en 1885.

63. FRANCISCO PI Y MARGALL (1824-1901) liberal, antirreligioso. Obras prohibidas por los obispos y el gobierno; fue presidente de la I República.

Salamanca 20.1. 1899.

Mi querido amigo: Me ha pesado varias veces el haberle dado palabra de enviarle mi análisis de las tonterías de La Cruz. Y digo de La Cruz, por estar persuadido de que son de ella.

Creo que, aunque pudiera venir bien meter algo de ruido, ni a V. ni a mi nos conviene rebajarnos a hacer el menor caso de tales simplezas; de cualquier modo que ella lo supiera, se vanagloria.

Así opinan aquí los que entienden; y el P. Rector de Corias⁶⁴ me escribe: »En la Cruz de la V[ic]to]ria vinieron tres o cuatro artículos impugnando todo el de su amigo el Sr. Arboleya, y por cierto que según el juicio de todos eran la cosa más boba. Si no tuviera V. otros impugnadores más hábiles desde luego podía V. cantar victoria».

Creo, pues, sobre lo que le dije en mi anterior, sin embargo, quiero cumplir la palabra de enviarle (para su gobierno particular, por si acaso le sirve de alguna cosa, sobre todo en sus futuros artículos en la Revista Eclesiástica) la carta prometida./1/ Salió como era de temer, floja y difusa; creo que de ningún modo la debe publicar, sobre todo tal como está; y si cae en manos de un tercero, podría esto saberse y quedaríamos en mal lugar.

Sin embargo, le repito, que no llevaré, por mi parte, a mal que V. use de ella según su prudencia, aunque no cometiendo si le parece un abuso de confianza.

Según me dijo el P. Ciarán ya parecen llegar algunos libros, pero como quedarían ahí muy pocos para la venta, si V. tiene ocasión de pedir a Gijón más, vendría bien.

Aprovecho esta ocasión para preguntarle si tiene noticias detalladas del nombre, tiempo etc. del filósofo budista que según oí al Sr. Obispo fue canonizado!... No sé si trataba la cuestión Le Correspondant o la Revue de deux Mondes; y me interesa bastante, pues aquí no hay noticia de ello y casi me lo niegan.

Con esta van las cartas del Sr. Obispo de Palencia y de Menéndez y Pelayo (a las cuales aludo en la pág. 4 de la otra).

Si tiene ocasión de publicarlas íntegras, no vendría mal, ya que estoy autorizado al efecto; y de suprimir algo, ya he marcado en esa copia con corchetes de lápiz, así [], los pasajes más importantes/2/. La más larga, a que me refiero, no cabe aquí y se la remito a la vez, aparte, y como cuartillas.

Conque, si sirve de algo, ya me hará V. el favor de decírmelo; pero temo mucho que sea todo contraproducente; pues si la Cruz lo sabe creará que le damos importancia.

64. Fr. Justo Cuervo Trelles OP (n. Pravia en 1859). Cf. Alberto COLUNGA, *Los asturianos de hoy*, p. 56

*Con mis afectuosos recuerdos a toda su familia, queda de V. amigo afmo,
fr Juan.*

4ª. El Padre Arintero acaba de regresar del capítulo provincial electivo (Vergara, 4 de mayo ss) donde además fue designado como socio de definidor en el futuro capítulo general. El de Vergara se ocupó en la confección de un nuevo plan de estudios filosófico-teológicos, en cuya concepción tuvieron decisiva importancia sus propuestas⁶⁵. En especial la preocupación por las ciencias naturales experimentales, las bíblicas y auxiliares, con altos fines apologéticos. Ese es el contexto mental en el que debe leerse la siguiente carta, en la que acusa recibo de un ejemplar del libro de M. Arboleya, *Laboremus*.

Es su primera obra unitaria, en la que recoge diversos escritos previos –«ensayos» los califica–, como «Cuestiones palpitantes»⁶⁶. Los asuntos son: una llamada al clero para la acción, la apologética contemporánea y la de santo Tomás, los naturalistas católicos, Congreso Católico de Burgos⁶⁷, los círculos católicos de obreros, las sociedades católicas de jóvenes, fracasos del siglo XIX, con un final fechado el 4 de abril de 1900.

«Late un brío innovador e impaciente: necesidad de una apologética de nuevo estilo acorde con los tiempos; reconciliación con la ciencia y las corrientes modernas de pensamiento, aproximación de los centros de formación eclesiástica a las universidades civiles, emancipación y promoción del mundo obrero, abandono de las divisiones que esterilizan la acción de los católicos. Bien recibido por la crítica de revistas especializadas, el libro y su autor fueron rudamente vapuleados en la prensa local integrista»⁶⁸. A este envío responde la siguiente carta.

Salamanca, 22.5.1900.

«Muy distinguido amigo:

Acabo de recorrer con avidez las animadas páginas de su hermoso libro «Laboremus», sin poderlo dejar de las manos hasta llegar a su fin ¡Mil gracias por la atención y por el inmenso placer que me proporcionó!

65. Juan G. ARINTERO, *Apuntes para un reglamento de estudio*. Cfr. Bandera, o.c., pp. 163-166

66. Maximiliano ARBOLEYA MARTÍNEZ, *Laboremus*, Madrid, Librería de San José, 1900, 288 pp.

67. M. Arboleya intervino en la Sección 4ª Punto 3º (Prensa), pp. 408-410. *Crónica del 5º Congreso Católico Español/ celebrado en Burgos/ el año 1899*. Burgos, Imprenta y Estereotipia de Polo, 1899, 816 pp. Del Congreso dio cuenta en El Carbayón, Oviedo, 19-22 de septiembre de 1899, cuyo texto constituye el capítulo VII de *Laboremus*, pp. 179-219.

68. Domingo BENAVIDES, *Maximiliano Arboleya (1870-1951)*, Madrid, BAC 2003, p. 15.

Todo me ha gustado mucho, pero más que nada el título y su explicación ¡Laboremus! Ahí ha sabido V. sintetizar admirablemente todo cuanto necesitamos para llenar nuestro sagrado ministerio, respondiendo a las necesidades del siglo, a las esperanzas de la Iglesia, a los llamamientos del Papa y a cuanto los fieles tienen derecho a exigirnos. ¡Laboremus!, aquí está compendiado todo. Trabajemos sin descanso por la gloria de Dios y bien de las almas, que sin descanso trabajan los enemigos en esa formidable lucha contra Dios y su Iglesia. Salgámosles al encuentro en cuantos terrenos se presenten, combatámosles con denuedo donde mayor es el peligro, no les rehuyamos con vanos pretextos de evitar el «contagio», o de «atender a más importante de //1//nuestro ministerio», porque esos los dicta la cobardía, la ignorancia, la pereza, que no el celo. La inacción nos ha perdido; hemos contemplado impasibles los triunfos de la impiedad, que por todas partes andan acarreado la ruina de tantas almas; tiempo es ya de despertar de nuestro funesto letargo y de comprender los tiempos en que vivimos, reparando añejos yerros; tiempo es de no imitar ya a los quijotes que alardean de valientes encastillándose en ventorros donde no hay el menor peligro, maldiciendo la estrategia moderna, alabando la mal andante caballería y combatiendo tan sólo molinos de viento o pacíficos carneros, cuando no pellejos de vino.

V. ha sabido sustraerse a tan funestas prevenciones y trazar las líneas generales del plan de combate que en nuestra tan atrasada como desventurada patria deben librar los valientes soldados de Dios. ¡Excelentes principios en su carrera apologética, que merecen ser coronados con brillantísimo éxito! ¡Ojalá que sus animadas palabras tengan eco en los generosos corazones de la juventud eclesiástica y la enciendan para librar las batallas del Señor!

Nada diré de sus ideas, en el fondo, tan identificadas con las mías, que apenas puedo ver en qué difieren de las que tengo publicadas, de las que expongo en mi clase y de las aspiraciones que, sin tiempo ni ocasión para exponerlas, consideraba como latentes y en germen en mi corazón, si no es esa //2//brillantez y claridad con que V. las expone.

Las muchas que V. ha desarrollado y yo sólo tenía como en germen ocultas, llenan de satisfacción las aspiraciones de mi alma. Así es que apenas tengo donde ponerle reparos. Si algo hay que los merezca, la bondad del fondo me ofuscó para no verlo. Una cosa, sin embargo, creo hará descuir su trabajo, y es la importancia que a veces da a mi obscuro y humilde nombre; el capítulo «Naturalistas católicos» en que aquel figura lo que no puede ni debe, desdice de lo restante del libro como un verdadero borrón; las citas en que me menciona, pudiendo fácilmente acotarlas en los originales, acreditan su amabilidad y modestia, pero con gran perjuicio del mérito de su obra.

Otros reparos de menor importancia quizá injustos, pero que me asaltan ahora después de la avidez de la lectura, son los siguientes:

1º al tratar de la Apologética moderna, parece que en lo que tiene de positivo, la contrapone demasiado a la antigua y en lo negativo la trata con excesiva blandura, no impugnándola tanto y como se merece. Pues en lo bueno y positivo no es nueva, ya S. Agustín y el V. Granada trataron magistralmente de los criterios internos de cristianismo y ponderaron como nadie su virtud y eficacia para llenar //3// todas las nobles aspiraciones del alma. En lo negativo o agresivo es injusta e intolerable.

Podrá y deberá, con algo bueno, completar a la antigua, pero nunca reemplazarla, conforme pretende suplantar con el método de inmanencia de Blondel los criterios externos, es sustituir por un subjetivismo vaporoso e inconsistente las victoriosas demostraciones palpables, cuya efectiva eficacia fue siempre notoria, y es luchar con los Concilios y con la tradición que proponen aquellas demostraciones como contundentes: «cum recta ratio fidei fundamenta demonstret».

Como el carácter de la Apologética moderna es precisamente el subjetivismo, no creo que pueda mirarse como propio de ella el empleo de los argumentos científicos fundados en la ciencia moderna; porque estos demuestran objetivamente y caben de lleno en el cuadro de la Apologética tradicional; por cierto, que S. Agustín y Sto. Tomás hubieran sido los primeros en utilizar tan preciosos datos, si los tuvieran a la mano, como utilizaron cuanto les proporcionaba ya la ciencia de su tiempo. Y por eso los emplearon desde luego y los siguen empleando con más éxito que los modernistas, que a veces los rehuyen, los apologistas adictos al método tradicional⁶⁹.

2º Paréceme también que, dejándose llevar de su justo celo por la acción, no insiste lo suficiente sobre la contemplación, sin lo cual aquella sería ineficaz. Mal podremos contemplata aliis tradere, si antes y al mismo tiempo no procuramos contemplare, a semejanza de Aquel que coepit facere et docere. Para que la juventud eclesiástica logre trabajar con fruto et possit eos qui contradicunt arguere, debe antes informarse bien en la sana doctrina. Y esa falta de formación, que todos lamentamos, y la consiguiente escasez de fuerzas son la causa principal de la pusilanimidad e inacción disfrazadas bajo los nombres hipócritas de «prudencia, retrainimiento, intransigencia» etc. Profundos estudios bíblicos deben sobre todo preceder a nuestra vida pública. Los enemigos hacen sobre este punto trabajos colosales,

69. En su discurso de septiembre de 1900 M. Arboleya aconsejaba obras de notables filósofos católicos que representaban planteamientos modernos: Maurice Blondel (método de la inmanencia), Ferdinand Brunetière (método de la autoridad), León Ollé-Laprune, George Fonsegrive, Goyau (método psicológico y moral). Y otros como: Broglie, Piot, Bachelet, Lamy, Schwalm, Gayraud. De España R. Domenech, «El método de la inmanencia en apologética» Soluciones Católicas, Valencia 1899.

dignos del mayor encomio, si obedecieran a un fin justo; para defender la Biblia no debemos estudiar menos que ellos para combatirla. Ahí se concentran los ataques para negar la revelación; y ahí deben concentrarse también nuestras fuerzas. Esos estudios deben completarse con todos los auxiliares; lenguas orientales, filología, crítica histórica, arqueología, ciencias naturales; y para defender nuestra misma alma –que pretenden robarnos– se necesitan grandes conocimientos antropológicos y sobre todo psico-fisiológicos, ya que de ellos saca tanto partido el reinante materialismo⁷⁰.

Bien veo que V. menciona (y no podía menos de mencionar, dada su ilustración conocida) todos nuestros medios de combate; pero será predicar en el desierto si ante todo no se inculcan, de modo que a su tiempo se hagan en serio, los mencionados estudios.

Mal podrá el clero joven combatir con ellos si sale de las aulas sin poseerlos a fondo.//5//

En suma: para que nuestra juventud eclesiástica pueda llenar su misión, es preciso ante todo, formarla conforme a las necesidades de nuestro siglo.

Por lo demás, nunca alabaré bastante los buenos deseos que V. manifiesta y los trabajos que viene haciendo por la unión de los verdaderos católicos: tiempo es ya de prescindir de cuestiones bizantinas, que sólo sirven para turbar la paz que el Hijo de Dios nos trajo del cielo y para agotar inútilmente nuestras fuerzas cuando tanta falta hace emplearlas todas juntas en servicio de la Iglesia y en contra de los enemigos de Dios⁷¹. ¡Él bendecirá sus esfuerzos y los coronará con el éxito! ¡Adelante, pues, sin reparar en contradicciones, que el Reino de Dios padece violencia!

Mil enhorabuenas por tan felices comienzos.

Su afmo. s.s.q.b.s.m.

Fr. Juan G. de Arintero.

5^a. El padre Arintero ha publicado una breve reseña, valorativa, en la revista *El Santísimo Rosario*⁷². Ha salido anónima, pero su autor declara ser su autenticidad. La misiva es aprovechada por él para encomendarle una gestión en beneficio de de la Escuela Normal de León. Aun cuando muy tangencialmente roza el problema de que se ocupa este con-

70. Recién condenado el americanismo por León XIII, en 1899, era inexcusable la advertencia aquí contenida sobre la contemplación, aunque sesgada hacia el estudio.

71. En julio de 1899 Arboleya había enviado una Memoria para el Congreso Católico de Burgos, que incluye en *Laboremus* como capítulo VI «La unión de los católicos», pp. 135-178. En septiembre daba cuenta en el diario *El Carbayón* (19-22) del desarrollo del Congreso, lo que recoge en *Laboremus* como capítulo VII, pp. 179-219.

72. [Juan G. Arintero], «Laboremus, Cuestiones palpitantes.- Por el M.I. Sr. Don Maximiliano Arboleya Martínez, Oviedo», *El Ssmo Rosario*, Vergara junio de 1900, pp. 380-381.

junto de cartas, no renunciamos a reproducirla por su valor documental. Además, es un testimonio de su implicación en la solución de problemas ajenos.

Dos datos no se pueden escapar a nuestra observación. «Su Xuan» muestra una vez más un trato amistoso; el «hasta Somió» nos ofrece una referencia de tono familiar. Faltan pocos días para que comience el periodo vacacional durante el cual compartirán jornadas de confrontación intelectual.

Salamanca 11.6.1900

Mi querido amigo: Supongo ya vería el juicio de su Laboremus, que salió este mes en el Ssmo Rosario. Se portaron publicándolo en el mismo número que estaba ya para salir; pero, supongo que para que no chocara con los otros que salen sin firma, le quitaron la mía. Pero el mío es textualmente. Supongo no le desagradará, y si para algo le vale, y quiere V. la firma de su Xuan, no tiene más que ponérsela; sobre todo si quiere que lo copie alguna otra Revista.

Además... un encargo: la Directora de la Escuela Normal de León, a quien aprecio y que aprecia mucho a los dominicos, por haberse educado entre Dominicas en Huesca, me escribe para que yo hable al sr. Obispo a fin de que él influya en el Rector de esa Escuela para que ponga de una vez correctivo a una profesora llamada Carmen, a quien ha tenido que formar expediente por insubordinacio/nes y alborotos que está siempre armando, con gran escándalo y daño de la Escuela. –Parece que no quiere aprobar las que no dan repaso con ella; ahora, al calificar, se negó a firmar un acta y armó una gorda.

La Directora, o al menos su madre y hermana, han tratado recientemente al Sr. Obispo que las trató muy bien, y de quien están muy agradecidas. –Pero así y todo, yo apenas me atrevo a ir al Sr. Obispo con esto, y eso que tengo a una sobrina entre las aborrecidas de la Doña Carmen. Vea V. si puede hablarle; y si no, entiéndase con el mismo Rector, para que cuando le llegue el expediente, en vista de los cargos, ponga correctivo y remedie los escándalos y estado anómalo de aquella Escuela, por los alborotos de aquella chismosa, etc.

Y vea en qué más pueda...molestarle hasta Somió⁷³. Su afmo. fr Juan G. Arintero.

PD. Recuerdos a todos, y procure tomar en serio este encargo, que sale el correo.

73. En la zona residencial de Somió (Gijón) había adquirido Martínez Vigil una quinta, en la que durante las vacaciones de verano reunía a personalidades; un invitado era el padre Arintero, que aquí se despidió «hasta Somió», como lugar acostumbrado y de próximo evento.

ANEXOS

I. «UN FRAILE TRANSFORMISTA»

«Un fraile dominico, discípulo de Santo Tomás de Aquino, y español por añadidura.

Entre el bien menguado número de españoles que siguen con alguna atención el movimiento científico en nuestra patria, el P. Arintero es ya de sobra conocido por sus notables y pacientísimos trabajos exegeticos, y su nombre suena a cada paso en las más acreditadas revistas del extranjero, y los más genuinos representantes de la ciencia no le escatiman los elogios más entusiastas.

Joven aún, asombran verdaderamente los estudios que lleva hechos y los escritos que ha publicado.

Allá por el año 1890 publicó en *El Movimiento Católico* una serie de artículos sobre *El Paraíso y la Geología*, y poco después dio a la estampa el libro interesante sobre *El Diluvio universal demostrado por la Geología*. Esta obra, que produjo honda impresión en el extranjero, fue rudamente atacada por el Sr. Valbuena en su libro *Egipto y Asiria resucitados*.

Contestóle el P. Arintero en una larga serie de artículos que vieron la luz en *La Ciudad de Dios*, a los que contestó a su vez el Sr. Valbuena con las *Cartas*, que corren impresas en un tomo, aunque sin ciertas crudezas que en la primera edición no se amoldaban bien con la serenidad que deben reunir las polémicas entre verdaderos hombres de ciencia.

En los citados artículos publicados en *La Ciudad de Dios* anunciaba el P. Arintero un trabajo completo sobre Transformismo, anuncio que despertó la curiosidad del mundo sabio por la simpatía que el dominico mostraba hacia una escuela que el vulgo de los sabios cree incompatible en absoluto con las doctrinas de la Iglesia.

Está visto que con el Transformismo pasa lo que con todos los sistemas. El escándalo de los intransigentes le cubrió de anatemas, y el entusiasmo de los fanáticos le convirtió en panacea con que se curan todos los errores, pero entre unos y otros debe abrirse paso la verdad, serena, imparcial, sin avergonzarse de admitir los adelantos debidos a nuestros adversarios, sin dejarse llevar de sus exageraciones, ni del vano temor de los que luchan en contra del error.

El P. Arintero pretende ser el portaestandarte de esa verdad escueta, sin preocupaciones, y no he de ser yo quien diga en absoluto si lo consigue o no.

Por de pronto, el paso dado por el sabio naturalista es digno del mayor aplauso. Es preciso que la apología católica se vaya desembarazando de ciertas ligaduras que sólo pueden servir para dar municiones a nuestros enemigos; es necesario que nos acostumbremos a ver las cosas tal como son, no como a otros conviene que sean. La lista de los desengaños que van sufriendo los apologistas intransigentes que ponen la proa a todo lo nuevo, por el delito de ser nuevo, va siendo demasiado larga para que no nos enseñe a seguir la prudente conducta de los otros apologistas que pasan entre sus contemporáneos, tal vez peligrosos, pero a quienes la posteridad hace justicia.

En el primer volumen de la obra del Padre Arintero, se exponen con admirable claridad y precisión los criterios a que debe sujetarse el apologeta contemporáneo en frente el vuelo rapidísimo que han tomado las ciencias naturales. Esta Introducción general es muy oportuna pues prepara suavemente el ánimo del lector para que luego no se deje llevar de ciertas preocupaciones al leer los volúmenes sucesivos, donde se tratará de frente y desde todos los puntos de vista la cuestión del evolucionismo.

Yo no me atrevo a decir si el autor de *La evolución y la Filosofía cristiana* está en lo cierto o no, pues aparte de otras razones, aún no se ha publicado más que la citada Introducción general (para cuando se publique este artículo ya habrá salido el primer tomo sobre *La evolución y la mutabilidad*). Pero por lo que de la Introducción resulta, sobre todo de la exposición de la teoría que defiende, se concede a la ciencia cuanto puede apetecer, sin que pierda nada la Filosofía cristiana.

Cierto que, según ésta, las especies de las cosas son inmutables y que con esa inmutabilidad no puede existir la evolución, pero este escollo, al parecer insuperable, lo salva el P. Arintero, distinguiendo entre la especie ontológica, inmutable como las esencias de las cosas y la especie de Historia natural, mudable como los accidentes en que se funda.

La índole de esta ILUSTRACIÓN no permite un análisis más detallado de la obra que anuncio en estas líneas. Bástame añadir a lo dicho, que la lectura de la nueva producción del sabio dominico es altamente recomendable para cuantos miren con interés los adelantos de la apología.

Con ella nada perderán, y seguramente adelantarán mucho, aun cuando no lleguen a convencerse de que la evolución es una cosa aceptable.

M. Arboleya y Martínez. Diciembre 1898»⁷⁴.

II. «LA EVOLUCIÓN Y LA FILOSOFÍA CRISTIANA»

Por el P. Fr. Juan González Arintero, OP

«Mayor espacio de tiempo del que puedo yo disponer, sería necesario para juzgar y hacer alguna observación pertinente de la obra «*La Evolución y la Filosofía Cristiana*» que el P Arintero ha escrito y publicado en este mismo año. No he de ocultar que trabajos de esta índole requieren, en mi humilde opinión, por parte del autor conocimientos no comunes de otras muchas ciencias y disciplinas íntimamente con ellas relacionadas. Tienen además otro peligro, y es el de que tratándose de armonizar las investigaciones y afirmaciones de la ciencia natural con las verdades reveladas por Dios, con mucha facilidad se desliza la pluma, porque antes se deslizó el entendimiento consignando en lo escrito proposiciones que podrían ser objeto de censura, por no estar enteramente conformes con la fe, ni con las tradiciones de la Iglesia Católica. Desde luego podía yo estar tranquilo respecto a este particular porque más que suficiente

74. *Ilustración católica de España*, año II, n. XXIII (15.12.1898) 12. Director gerente, Miguel Gómez Cano.

garantía de ortodoxia es la firma del Sr. Obispo de Oviedo que ha autorizado la edición de la obra.

Por lo que al primer extremo se refiere confieso ingenuamente que he encontrado en el mencionado libro pruebas de prolijo estudio, de meditaciones profundas, de oportuna erudición y gran copia y abundancia de observaciones, de todo lo cual resulta que ha de ser leído con grande aprovechamiento y fruto por cuantos tengan gusto y afición a esta clase de conocimientos. Y que sea útil, conveniente y hasta necesario estar al corriente de las materias con tanta claridad expuestas en esta obra bien claramente se colige por la naturaleza y fin que hace tiempo se vienen empleando para debilitar y desprestigiar las enseñanzas de la doctrina católica. Se ha dicho y repetido en todos los tonos que esta no puede resistir los argumentos que en contra suya proponen los modernos descubrimientos y que ya es cosa resuelta que no han de pasar muchos años sin que los dogmas de la fe católica cedan el puesto a los hechos y experimentos científicos, cayendo de esta suerte por tierra el alcázar santo de la doctrina de la Iglesia, expuesta con tanta lucidez por los Santos Padres y Doctores católicos en el transcurso de diez y nueve siglos.

Estimo que el verdadero y sólido mérito del libro del P. Dominico, y que solo bastaría para hacerlo muy recomendable, es sin duda alguna el de no manifestar miedo, ni sentir temor a ninguna de estas necias y vanas esperanzas del racionalismo y de la impiedad. Se hace cargo con serenidad y sin aturdimiento de las nuevas teorías, y al establecer la línea divisoria entre las verdades de la fe y las que la razón descubre, repite el sabio dominico lo mismo que dicta la sana filosofía, a saber que siendo Dios el autor de la fe y de la razón es imposible que se encuentre real contradicción entre una y otra.

En suma, que a medida que se vaya agrandando la esfera del humano saber, más se pondrá de manifiesto la infinita sabiduría de Dios, y en último término la verdad se abrirá paso y triunfará de todos los entendimientos. Veritas libera-bit, porque la verdad es el mismo Dios.

Palencia 10 de Diciembre de 1898. † Enrique, Obispo de Palencia»⁷⁵.

III. LABOREMUS. CUESTIONES PALPITANTES.

Por el M.I.Sr. Don Maximiliano Arboleya Martínez.-Oviedo.

«Entre los poquísimos libros capaces de producir saludable sensación, por tratar de cuestiones de verdadero interés, merece citarse con preferencia este hermoso «Laboremus». De fácil lectura, de lenguaje claro, de estilo animado, persuasivo y lleno de viveza, asequible a las menores fortunas y, sobre todo, de interés palpitante, dado el estado de cosas de nuestra infortunada patria, está llamado a producir hondísima sensación a la vez que una reacción vivificadora, en medio del abatimiento en que se hallan los estudios eclesiásticos.

75. Enrique ALMARAZ Y SANTOS (1847-1921), obispo de Palencia (1893-1907), arzobispo de Sevilla (1907), cardenal (1912), de Toledo (1920-1921).

Todos lamentamos los progresos de la impiedad y del indiferentismo, que cunden por todas partes, sin que haya quien les oponga obstáculos insuperables y ni aun siquiera serios. Desde el libro al folletín de periódico, desde las academias y las clases hasta lo «meetings» y los «clubs», desde las más altas cámaras hasta los círculos, los cafés y las tabernas; desde las plazas públicas hasta los ferrocarriles, en todas partes el genio del mal ejerce con actividad febril su propaganda sacrílega, empleando toda suerte de medios, y en especial las ciencias novísimas, para desprestigiar la Religión de Jesucristo y llevar la ruina y la desolación a las almas. Y entre tanto, ¿qué hace España? Abandonarles el terreno dejándoles por todas partes campar a su gusto, encerrándonos en las iglesias, esperando que allí vengan a escucharnos, y eso que sabemos que sólo nos escuchan cuatro personas devotas.

Es indudable que nuestra «inacción» y nuestras «divisiones» han sido la causa de tantos estragos como lamentamos, y preciso es ya despertar y corregir tantos yerros, como los ha corregido el clero de las vecinas naciones, con los brillantísimos resultados que admiramos.

A este fin nos invita con gran acierto el citado libro ¡Laboremus! en esto está comprendido todo. En él se pintan con gran acierto con los más negros colores la fatal inacción que tantos daños ha traído; se condenan esas luchas intestinas, que han agotado inútilmente nuestras fuerzas, con menoscabo de la paz y de la caridad cristiana, y con gran placer de los enemigos, y se nos exhorta a trabajar, a imitación de ellos, en todas partes; en la prensa seria y ligera, en los círculos, en las cámaras, en las academias, en educar a la juventud; para así contrarrestar con la sana doctrina la propaganda impía. En él se traza a grandes líneas un excelente plan de batallar, que, bien seguido, será coronado con el éxito más brillante.

¡Quiera Dios que las palabras del Sr. Arboleya tengan eco en los generosos corazones de la juventud eclesiástica y sean la chispa que produzca un incendio de celo por la defensa de la Iglesia y bien de tantas almas que andan extraviadas! Y ¡ojalá! que el joven apologista, que tan felizmente inaugura su carrera, la prosiga intrépido con la misma brillantez, sin dejarse arredrar por nadie ni por nada en tan gloriosa empresa»⁷⁶.

76. [Fr. Juan Gonzalez Arintero] en *El Santísimo Rosario*, Vergara (junio 1900) 380-381.

16

pero, estas cartas, al P. Arintero ~~de todo tiempo, menos de~~ (á cenjarse del Darwinismo en solfo y de las anatinas Incidental, de Le Com) de todo tiempo, menos de serm y científica. Esto podría verse claro y detalladamente quien se tomase la molestia (o pequeña) de leer el manuscrito de dicha Replia, donde solo á rebuñ los muchos milagros ^{científicos} de Sr. Raminos, sin fines. Pero basta saber el juicio que de dichas cartas formo una autoridad tan respetable como la Revue Biblique (Julio, 91) la cual dice que al fondo de ellas, viene á reducirse á setivo, y chisto, junto con las más odiosas, alusiones.

Por que sea V. como en la intranigente moral del Sr. Mentenacario y de nuestros invidentes, no entra el retractarse de tanta suposición, tan falsa, como afensiva, ni mucho menos, el reparar las consecuencias.

Plé aquí, por, amigo mío, cuanto, para satisfacer su curiosidad, ó, mejor dicho, el interés que he tenido V. á bien mostrar por sus teorías, puedo probar inducido.

Será bien que esto que le digo en el seno de la Compañía, para un gobierno particular y, á lo sumo, para que llegue á conocimiento de nuestros músicos, ^(quien V. se interese en poseerlos en familia, parecer), mis amigos, trascenda al dominio del público; pero, aunque lo acordado, historias, pueden decir donde quiera, estas mal hiledas, solo servirán ahora para dar importancia á cosas, y personas, que no las tienen. — Recordando el consejo del Sabio (Prov. XXVI, 14), verá V. que no hay por qué responder á los que de esta manera hablan. Los ridiculos, en asuntos, tan serios, se vuelven contraproducentes; aunque puedan fascinar á la turba multa de los infinitos, al parecer de estos, debete verno sin cuidado.

Los sabios y prudentes, no han de juzgar de sus obras sin verlas y examinarlas; y viendo de ellas, puede espresar de ellas, un juicio análogo al de los que hasta ahora le han visto.

Los que, como nuestros invidentes, juzgan y condenan sin saber de qui se trata, por un partido se preocupan, ante, no hacen más baratari; y por cierto que no disertarían mucho, si no fueran por la compasión que me da en seguirlos, viendo el daño que hacen, á si mismos, y á otros con ellos.

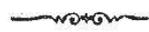
Agradezco á V. como merezco, el interese efecto que me demuestra, en recibir de V. siempre afecto. J. O. M. Sr. Juan G. Arintero, OP. Salamanca febrero 28/19

M. ARBOLEYA MARTÍNEZ
PRESBITERO

LABOREMUS



(CUESTIONES PALPITANTES.)



CON CENSURA ECLESIASTICA



MADRID:
LIBRERÍA DE S. JOSÉ
Calle del Arenal, 20

—
1900



Maximiliano Arboleya



P. Arintero



Cardenal Ceferino González, OP



*Mons. Ramón Martínez Vigil, OP
Obispo de Oviedo*



P. Arintero, naturalista